

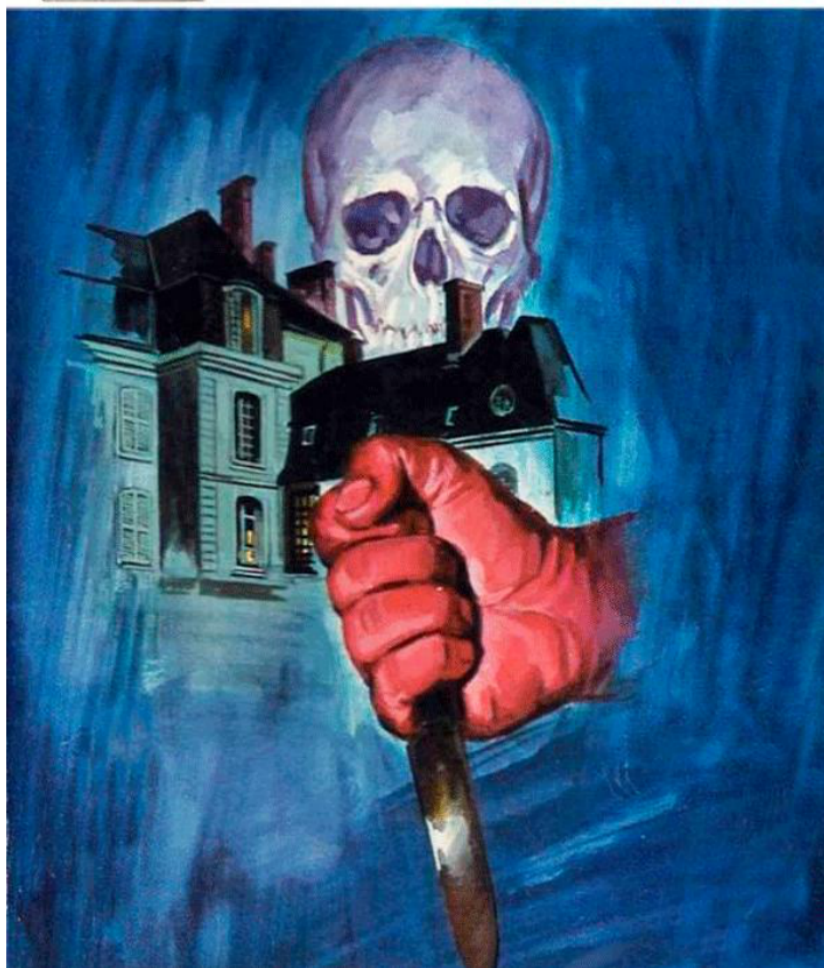
BOSSILIEROS BRUGUERA

PUNTO

ROJO

un pedazo del más allá

SILVER KANE



COLECCION

PUNTO ROJO



YA ESTA A LA VENTA
LA NUEVA SERIE

SELECCION

TERROR

Creada para aquellos
lectores que poseen nervios de
acero y no temen traspasar las fron-
teras de lo irreal y adentrarse en
un mundo desconocido, aterrador
como una pesadilla, apasionan-
te como la más increíble de las
aventuras.

SILVER KANE

UN PEDAZO DEL MAS ALLA

Colección **PUNTO ROJO** n.º 559
Publicación semanal
Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MEXICO

Déposito legal: B 49.136 - 1972

ISBN: 84-02-41664-0

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: enero, 1973

© SILVER KANE, 1973
sobre la parte literaria

© JORGE SAMPERE, 1973
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1973

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.281 — No dispaes, Ketty Loy.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.168 — Perdido cadáver, gratificaré devolución.

En Colección SALVAJE TEXAS:

736—Infierno: capital, Dodge City.

En Colección KANSAS:

666 — Un buitre llamado Cox.

En Colección BUFALO SERIE ROJA:

1.000 — Fort Perro.

En Colección ASES DEL OESTE:

502 — Ni más ni menos que un hombre

En Colección BRAVO OESTE:

625 — Un millón para el presidente.

En Colección COLORADO:

637 — Jinetes de medianoche.

En Colección CALIFORNIA:

751 — Todos esperaban la muerte.

En Colección PUNTO ROJO:

552 — La mansión de los ojos secretos.

En Colección HEROES DE LA PRADERA:

157 — Diligencia al infierno.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

78 — Mariposas negras.

CAPÍTULO PRIMERO

John Bowery aún tenía clavadas en la retina las mil imágenes de los Chocolate Mountains cuando ya cruzaba el desierto, a la altura de los Sheep Hole, pisando a fondo el pedal del gas para dirigirse a Twentyne Palms. Su coche, un ya algo viejo «Mustang», rugía perfectamente por la interminable carretera, devorando millas y millas de la tierra de California. Frente a él, estaba el desierto, tan estremecedor como una imagen de la muerte. Estaban los lagos secos, unos lagos que parecían presagiar, anticipar, una imagen del fin del mundo. John Bowery no se sentía a gusto allí. Tenía miedo a todo aquello.

Hizo un alto en la última población civilizada que tenía a su alcance antes de entrar en aquel paisaje lunar, es decir en Twentyne Palms. Pero Twentyne Palms estaba abarrotado aquel anochecer. En ninguno de sus dos hoteles —unos viejos caserones de madera a los que llegaba la arena del desierto— había una cama libre. El dueño del último de ellos miró a John Bowery con una cierta lástima.

—Me sabe mal decírselo, amigo, pero no veo modo de que pueda pasar la noche aquí, a menos que se quede a dormir en el coche.

Johnny pasó por encima del mostrador un billete de veinte dólares y su credencial de investigador privado.

—Vengo viajando desde Arizona —explicó—. He atravesado ya el desierto de Yuma, los montes Muchacho y los montes Chocolate. Pensaba pararme en Coachella, pero al final he decidido llegar hasta aquí. Créame si le digo que estoy harto de coche y que no podría dormir en él. Además mañana necesito estar fresco porque he de seguir viaje.

El dueño le tendió ambas cosas, después de echar una ojeada a su credencial de detective privado.

—¿Va usted muy lejos? —preguntó.

—Hasta Fresno. He de sustituir allí a un compañero que está enfermo y que no puede ocuparse del despacho.

—¿Qué compañero?

—El señor Palmer.

El dueño del hotel sonrió, intentando mostrarse agradable.

—El señor Palmer es cliente nuestro —dijo—. Tiene muchos asuntos de investigación en México, y cada vez que va de viaje al Sur se detiene aquí. De verdad, me gustaría ayudarle, amigo, pero estos días son de locura. No tenemos apenas huéspedes en todo el año y ahora ya ve... Siempre pasa igual por estas fechas. Los que abarrotan hoy nuestros hoteles son los familiares de los reclutas de Fort Irwin, muchos de los cuales van a ser destinados al Pacífico y a Europa. Van a dar una pequeña fiesta y sus padres, claro, quieren despedirlos[1].

Se caló mejor las gafas y de pronto pareció tener una idea.

—Oiga —dijo—, ahora que recuerdo... Yendo de mi parte tal vez le darían alojamiento esta noche en un sitio que yo sé.

—Pagaría lo que fuese —dijo Johnny, a pesar de que no iba muy sobrado de dinero.

—Por eso no se preocupe. Si le dan alojamiento no le cobrarán nada. Vaya a la salida de la población, como si se dirigiese a Yucca Valley, y verá una gran mansión señorial que es una antigua residencia de señoritas. Aún tiene el cartel. Pregunte allí por *miss Forsyte*. Es una chica un tanto severa, de modo que lo más probable es que no quiera admitir en su casa a un hombre joven como usted. Pero puede probar.

John Bowery hizo un gesto de desesperanza.

—No querrá —musitó.

—Es lo más probable. Alzará un poco sus gafas para verle mejor y dirá: «Nooooo»..., mientras se alisa la falda que le llega hasta los pies. Es su gesto habitual. Sí, eso es lo que va a suceder, amigo, pero tiene que probarlo. O eso o el coche.

Johnny se encogió de hombros.

—Paciencia —dijo—. Y gracias.

Salió.

Las calles de Twentyn Palms estaban llenas de vehículos estacionados de cualquier manera. Algunas parejas deambulaban bajo los álamos rumorosos, mecidos por el lejano y fresquito viento

del desierto. Las casas de madera parecían arrancadas de otra época, como si en aquel rincón de California se hubiera detenido el tiempo.

Johnny arrancó y se dirigió a Yucca Valley, una ciudad para llegar a la cual tenía que atravesar Joshua Tree. Pero antes de llegar a esta última distinguió ya el enorme edificio.

De entrada no le gustó.

Era un edificio pasado de moda, de gusto neoclásico, donde sin duda se adiestraba a las señoritas en el uso de las virtudes, unas virtudes que luego olvidarían. Un enorme y abandonado jardín lo rodeaba por todas partes, aunque dejaba libre una zona de la fachada donde estaba la puerta principal. Había luz en varias ventanas, lo cual alentó a Johnny, porque al menos no tendría que despertar a nadie.

Detuvo el coche.

Y tragó saliva.

Pensó: «Bueno, amigo: ánimos».

No le gustaba enfrentarse a una mujer con gafas y con falda hasta los pies, pero no podía elegir. De modo que llamó a la puerta.

Abrieron inmediatamente.

John Bowery improvisó su mejor sonrisa. Puso cara de chico bueno, a pesar de que como detective privado se había dedicado más bien a bucear en los bajos fondos de las ciudades del Oeste Central. Intentó poner la cara que daría confianza a una señorita de las que aún usan falda hasta los tobillos.

—Buenas no... —dijo.

Y de pronto se le heló la saliva en la boca.

¿Gafas? ¿Dónde estaban las gafas?

Unos ojos azules, suaves y enormes le miraban desde más allá de la puerta.

¿Falda hasta los pies? ¿Dónde estaba la falda hasta los pies?

Johnny parpadeó.

Nunca había visto aquello.

Ni en un strip-tease.

La mujer tenía unas piernas largas, redondas. Lucía unas medias oscuras muy al viejo estilo. No parecía importarle que se le viera todo. Miró a Johnny fijamente y preguntó:

—¿Quién es usted?

Johnny no sabía dónde poner las manos. Ni los ojos.

Miró la placa de bronce que había a un lado de la puerta: «Girls Aristochrat School». Un colegio distinguido... ¿Un colegio distinguido donde las chicas enseñaban sus piernas torneadas?

Pensó: «Ya está. Han hecho la revolución. Las chicas se han decidido a ser libres y han asado a las maestras en una barbacoa».

Preguntó tímidamente:

—¿La señorita Forsyte?

—Yo misma.

Johnny casi pegó un brinco. Si en aquel momento le pinchan, no le sacan sangre del cuerpo.

—¿U... usted dirige este colegio?

—Bueno, el colegio ya no lo dirige nadie porque está cerrado. Vamos a liquidarlo. ¿Pero por qué me mira de ese modo? ¿Qué quiere?

—Creí que era usted mayor...

—Tengo veintiséis años.

Johnny, que ya se iba recuperando, la miró atentamente y pensó: «Y vayan veintiséis años...».

—¿Qué quiere? —repitió ella.

—Verá... —dijo John Bowery tímidamente—, en la ciudad todos los hoteles están llenos y como mañana he de seguir viaje... En fin, el señor Scotland, el dueño del hotel que lleva su nombre ha sugerido que quizá ustedes podrían darme alojamiento por una noche.

Pensó que la chica alzaría una pierna y «¡clas!» le daría un puntapié allí mismo. Johnny, con un gesto maquinal, casi se cubrió con ambas manos tan comprometedores parajes. No quería que un día, por falta de... de... de... le declararan inútil para ir a Fort Irwin, si había guerra.

Pero, en lugar de eso, la señorita Forsyte sonrió encantadoramente.

—Pase —dijo—. Claro que sí... Tengo camas libres.

Le precedió, haciéndole atravesar un vestíbulo desamueblado al final del cual había una gran escalera. No se sabía de dónde llegaba la música, pero en el vestíbulo estaba sonando una pieza de Brahms. Sobre una silla había una gran zamarra de cuero con una curiosa insignia que representaba un macho cabrío, lo cual no

acababa de encajar bien tampoco en un antiguo colegio.

En ciertos momentos a Johnny le parecía estar viviendo un sueño.

La chica iba delante suyo.

Movía las caderas como una diablesa.

No parecía importarle en absoluto su aspecto ni la exhibición obsesionante que estaba haciendo para él.

El joven tragó saliva.

Sintió una oscura sensación. Un deseo cada vez más fuerte. Al fin y al cabo no era de piedra, y pocas veces había visto una chica tan tentadora como la que ahora tenía delante de los ojos.

Ella abrió una puerta.

El dormitorio olía a cerrado, pero era acogedor y amable. En él existían cuatro camas todas pintadas de azul, lo cual indicaba que el cuarto había sido destinado para señoritas. Dos grandes ventanales dejaban entrar la luz tamizada de la luna.

La señorita Forsyte le indicó, con la mayor naturalidad:

—Tiene cuarto de baño a la derecha. Elija la cama que más le guste y duerma tranquilo. Mañana puede marcharse, sin avisar, a la hora que le plazca.

—Pero... ¿no le debo nada?

—Es una tontería pensar en que me pague. Dejarle dormir una noche no representa ningún sacrificio para mí.

Y se largó.

Cerró la puerta tranquilamente.

Johnny estaba asombrado.

La oyó descender las escaleras, en las que la chica tropezó dos veces. Ya le había parecido que no andaba demasiado segura. ¿Estaría borracha? Pero Johnny recordó que su aliento no olía a alcohol, y además una borracha no se comportaría de esa manera.

Se encogió de hombros.

En fin, no era asunto suyo.

El caso era que tenía un sitio excelente para dormir, con camas de sobra. De modo que se desnudó, se dio una ducha fría y se acostó dispuesto a recuperar fuerzas para la siguiente jornada.

Tenía la sensación de que acababa de cerrar los ojos, cuando oyó ruido en la habitación. Maquinalmente, siguiendo un viejo instinto profesional, lo primero que hizo fue mirar la hora en la esfera

luminosa de su reloj. Era medianoche, de modo que habían transcurrido más de tres horas desde que entró allí. Luego miró hacia la puerta.

La chica estaba de nuevo en la habitación.

¿La chica?

¿No era otra?

Johnny parpadeó porque, en efecto, no se trataba de *miss* Forsyte, sino de otra tan bien formada como ella, pero quizá un poco más llenita. Ésta era rubia y vestía de distinto modo, aunque sus prendas resultaron igualmente excitantes. Se había puesto una falda muy cortita. Le pareció estar viviendo un sueño.

Y no era un sueño, después de todo.

Según y cómo se mirase, aquello era un auténtico Edén.

Pero la pregunta seguía flotando en su cerebro lleno de nubes: ¿en qué sitio se había metido?

La chica lanzó una carcajada.

Y luego dijo, en voz alta, como si recitase una plegaria:

—«No hay muertos... Los muertos están entre nosotros... Los muertos siguen en nuestras habitaciones, se sientan a nuestras mesas...»

Lanzó una especie de ronca carcajada y luego desapareció.

Johnny estaba lívido.

Nada de aquello cuadraba. Las referencias a los muertos no encajaban para nada con aquellas piernas sensacionales que hubieran dejado sin movimiento a un canguro. La seriedad de un viejo colegio aristocrático no rimaba con aquellas exhibiciones. Aquello era como una borrachera de vida. John Bowery sintió que le daba vueltas la cabeza.

Pero al fin se encogió de hombros.

Allá ellas.

Si las dos mujeres se habían emborrachado, él no tenía la culpa.

Volvió a dormirse, aunque entre sueños le pareció que alguien cantaba, abajo. Eran voces de mujer. Se hacía referencias a los muertos. Y la música de Brahms, siempre la misma, sonaba, sonaba, sonaba...

Pero el cansancio podía más que la excitación de Johnny.

Llevaba dormido un par de horas más, cuando alguien entró de nuevo. Johnny, que ya tenía los sentidos alerta, se incorporó de un

brinco y quedó sentado en la cama.

Otra chica.

¡Cuerno, otra chica!

Ésta llevaba un viejo poncho mexicano sobre los hombros. Nada más. ¡Nada más! Los cabellos negros como el azabache caían sobre la tela llena de colorines. Sus piernas, quizá un poco flacas, pero perfectamente torneadas, se mostraban a la luz del pasillo. Sus ojos rasgados miraban fijamente a Johnny.

Éste ya no sabía qué pensar.

Toda la habitación parecía dar vueltas en torno suyo.

Pero las vueltas terminaban todas en el mismo sitio: en el vientre de la desconocida. Johnny tenía que reconocer que aquello resultaba obsesionante. De modo que alzó un poco las manos y suspiró.

—¿Quién es usted?

La chica no contestó en absoluto.

Lanzó una especie de risita y desapareció por el pasillo. Johnny se levantó y cerró la puerta de un golpe.

Había alguien más abajo.

Se oían voces de mujer, entre las cuales reconoció a la de la señorita Forsythe.

El joven pensó que nunca comprendería en qué sitio se había metido, pero tampoco se atrevió a intervenir. No era asunto suyo. Si allí se armaba un bacanal, por extraño que pareciese, y él se veía envuelto, podían retirarle su licencia de detective privado, que por el momento era toda su fortuna. De modo que se encogió de hombros y volvió a cerrar los ojos en la cama.

Por fin pudo dormir tranquilo.

Nadie más volvió a entrar.

El cansancio le había vencido de una forma tan total que era incapaz de abrir los ojos.

No supo cuánto tiempo había transcurrido, hasta que notó aquella sensación en sus pupilas. Le estaba dando la luz. Comprendió que había amanecido y abrió los ojos.

El sol ya estaba alto.

Era un hermoso día. Johnny ya había experimentado más de una vez que los amaneceres al borde del desierto son los más hermosos que existen. Bostezó y constató con satisfacción que ya no se oía

ningún ruido. Fue hacia una de las ventanas y vio que su «Mustang» seguía abajo, dispuesto a seguir viaje.

En fin, no podía quejarse.

Había conseguido dormir en una cama sin pagar nada y encima se había dado un lote, aunque sólo fuera de vista.

Fue al cuarto de baño donde tenía sus utensilios de aseo. Se duchó canturreando, se afeitó con la máquina eléctrica y se vistió. Todo le parecía hermoso esta mañana, después de las extrañas emociones de la noche.

Iba ya a salir cuando, de pronto, se detuvo.

Sintió una cosa muy extraña en el estómago.

En los ojos.

¡Dios santo! ¿Cómo no se había fijado antes?

¿Cómo no había mirado la cama que estaba al fondo del gran dormitorio?

Porque allí yacía una de las chicas que había visto la noche anterior. ¡Allí yacía una de las mujeres, con la garganta destrozada y el cuerpo bañado en un río de sangre!

CAPÍTULO II

Toda la sangre que bañaba las formas de aquella muchacha parecía en cambio faltar en el cuerpo de John Bowery.

Éste se sintió sin fuerzas. Tuvo otra vez la sensación de que todo daba vueltas en torno suyo.

La chica muerta había estado, como quien dice, durmiendo con él. Eso era seguro. Pero no la había entrado nadie, sino que ella misma, haciendo un patético esfuerzo debió llegar hasta la habitación, donde quizá esperaba encontrar auxilio. Las fuerzas le fallaron seguramente junto a la puerta y se tendió en la primera cama. Allí había muerto, prácticamente desangrada.

En su rostro, sin embargo, no había la menor expresión de sufrimiento.

Era una expresión resignada.

Era patética.

Johnny necesitó tocarse la cara para convencerse de que no estaba soñando.

En aquel cadáver había algo más: estaba, por ejemplo, el detalle terrible de que la chica había sido torturada con puntas de cigarrillos. ¡Y, sin embargo, no se había quejado! ¡Sin embargo, Johnny no la había oído chillar!

Descubrió las ropas que la tapaban en parte.

Vio las medias oscuras. Tuvo que forzar sus recuerdos para darse cuenta de que no era *miss* Forsyte, sino la muchacha que había entrado en segundo lugar, cuando él ya estaba dormido.

Un terrible presentimiento le dominó.

De un salto salió del dormitorio, bajando a la gran sala que estaba junto al vestíbulo. Allí vio varios vasos de *whisky*, unos divanes despanzurrados y unas espectaculares manchas de sangre que llenaban una pared. Siguiendo aquellas manchas de sangre fue cuando descubrió el segundo cadáver.

Ahora sí que temblaron las rodillas de John Bowery.

Resultaba espantoso.

A la señorita Forsyte la habían colgado por los pies, de una de las lámparas. Se balanceaba suavemente. Tenía parte del cuerpo abierto como si fuera una res.

John Bowery vaciló.

Sentía náuseas.

Hasta ahora, hasta cumplir los veintisiete años, sus especializaciones en la profesión de investigador privado, poco habían tenido que ver con la sangre. Se había dedicado a bucear en los bajos fondos para buscar chicas raptadas, para perseguir a gerentes que se largaban con la caja y para buscar informes acerca de maridos corrompidos. O de señoras corrompidas, que de todo había. Pero unos crímenes como aquéllos... No, eso no lo había visto jamás.

Revisó la casa.

Ésta era enorme y estaba llena de dormitorios, ninguno de los cuales parecía haber sido tocado. Tampoco encontró huellas de coches en las cercanías, lo cual indicaba que los asesinos, fueran quienes fuesen, habían venido y marchado a pie. Johnny tuvo que recordar por fuerza a la chica de los cabellos largos, la chica cubierta con un poncho mexicano y a la que luego no había vuelto a ver.

Revisó los vasos de *whisky*.

Había botellas de «White Horse», por el suelo. Y también de «*Bourbon* Five Roses», que es un *whisky* de Kentucky nada despreciable. Por lo visto allí se había bebido largo, pero debió de ser más tarde, porque recordaba que cuando él llegó, la señorita Forsyte no olía para nada a alcohol. En cambio, no encontró cigarrillos ni restos de alimentos.

Sin duda, los vasos y las botellas tenían huellas digitales, pero él no podía analizarlas ahora. Y de poco le hubiera servido, además, sin tener ficheros a su alcance. De modo que decidió dejarlo todo como estaba, sin tocar ni un mueble.

Le dominaba un pensamiento estremecedor:

El era el primer sospechoso.

Le gustase o no, cuando la policía descubriese aquello, le buscarían por todas partes. Darían su descripción. El dueño del

hotel, el señor Scotland, sería un testigo de primera fila.

Johnny sintió que sudaba.

Toda la arena del desierto parecía haberse acumulado en su boca.

Pensó que lo normal era acudir a la policía y dar cuenta de lo ocurrido. Pero ¿le creerían? ¿No le tomarían por un loco asesino? ¿No le encerrarían, en el mejor de los casos, durante meses, hasta que todo se aclarase?

John Bowery se pellizcó la mandíbula.

Resulta extraño lo que pasa con algunas profesiones. Los abogados ven tantas injusticias y se encuentran ante tantos jueces corrompidos que son los primeros en no creer para nada en la ley, aunque de eso procuran que no se enteren sus clientes. Los detectives privados ven a tanto policía burro que acaban por no creer en el esclarecimiento de la verdad, aunque cada vez que aceptan un caso dicen que la verdad va a ser esclarecida.

El sudor de Johnny se hacía angustioso.

¿Y si, de entrada, le acusaban? ¿Y si nadie creía su historia? ¿Y si no podían ser descubiertas nunca las otras personas que habían estado allí?

Su cabeza era un volcán.

Necesitaba reflexionar, y para eso pensó que lo mejor sería seguir viaje. Si decidía escapar, todo eso tendría ganado. Si decidía contar el caso, no es tan complicado meterse en cualquier cabina telefónica.

Por otra parte, era fácil que los crímenes no fueran descubiertos hasta bastante después.

De modo que tenía tiempo para madurar sus ideas.

Montó en el «Mustang». Se puso a rezar para que éste arrancase. Si se le paraba allí... ¡estaba listo!

El demarré falló.

Johnny bebía su propio sudor.

Otro intento.

Otro.

Ruuugggmmm...

¡Por fin!

Lo único que le pasaba era que, al carburador, su filtro de aire ya estaba demasiado sucio después de bordear al desierto. Pero eso

era un peligro, porque podía pararse en cualquier momento, y además él no debía detenerse en ninguna estación de servicio porque no le convenía que le viesen.

Rezó, mientras cambiaba de marchas. Johnny quizá no había rezado con tanta devoción desde que era un niño.

El «Mustang» respondió bien.

Al joven le convenía pasar por Josuah Tree y por Yucca Valley para llegar a Morongo Valley y Mission Creek. Allí empezaba la magnífica autopista de Banning que le dejaría en San Bernardino, en lo más típico de California. Y desde San Bernardino se podía ir a Fresno casi en línea recta, que era lo que él buscaba.

Pero no se atrevió, porque le hubieran visto en demasiadas poblaciones. En lugar de eso tomó un ramal secundario y se arriesgó a atravesar el desierto, lo cual le llevaría a la carretera de Newberry, muy lejos ya de allí. Un poco más allá de Newberry, en Barstow, existía una carretera que le llevaría a Mojave y desde Mojave a Fresno.

Sacó a su coche toda la velocidad posible.

El «Mustang» respondía bien.

De todos modos la ruta del desierto era infernal, a pesar de que la estación no resultaba la más calurosa. Toda ella estaba salpicada de lagos secos, indicando lo que podía ser el mundo dentro de poco tiempo, si la humanidad seguía agotando sus reservas de agua. Allí estaba el lago Deadman, lago del hombre muerto, y allí estaba también el lago Lavic, cerca de los Bullion Mounts. A la derecha, muy lejos, quedaba la ciudad de Bagdad, en la carretera que llevaba a la frontera de Arizona y a las montañas Sacramento.

El «Mustang» zumbaba como un loco.

Se estaba portando bien.

Por las ventanillas abiertas, entraba un aire bastante fresquito gracias a la velocidad, y, por lo tanto, bastante soportable. Pero fue cerca ya del lago Lavic cuando Johnny se dio cuenta de algo en que no había pensado: la aguja de la gasolina se estaba aproximando al cero. Lanzó una maldición contra sí mismo porque le parecían demasiadas distracciones para un solo día.

Miró ansiosamente los mapas de la ruta.

Era como para morirse.

No encontraría una gasolinera hasta cincuenta millas más allá. Y

jamás llegaría a hacerlas. En su tanque apenas había reserva para veinte.

Se detuvo y hundió la cabeza sobre el volante.

Se sentía acorralado.

Perdido.

Había entrado de repente en un mundo que no era el suyo; en un mundo irreal lleno de apariciones y de fantasmas.

La carretera, ante él, se confundía con las arenas del desierto.

Era amarilla como una maldición.

Parecía un espejismo.

Y un espejismo le pareció también aquel coche que se aproximaba en dirección contraria. Johnny distendió los labios al pensar que allí podía estar la salvación.

Y, de pronto, los apretó nuevamente.

También era mala pata.

Se había metido por una de las rutas más infernales de Estados Unidos a fin de esquivar a la policía, y resultaba que el vehículo que se aproximaba a él, era un coche patrullero.

Sus dos ocupantes bajaron al verle parado y con la cabeza casi hundida en el volante. El jefe, un sargento tripón y rubicundo, casi metió la cabeza por la ventanilla.

—¿Qué le pasa? ¿Se encuentra mal, amigo?

Johnny trató de sonreír y mostró su credencial de informador privado, lo que siempre infundiría confianza a aquellos dos tipos. O quizá no. Si eran dos tíos de la *bofia*, de esos que odian a los detectives privados, aprovecharían la ocasión para enterrarle vivo allí mismo, en la arena del desierto.

El sargento se la devolvió.

—Muy bien. ¿Qué le ocurre?

—No conozco la comarca y me he perdido. Voy a Fresno, pero me ha parecido que acortaría camino por aquí. El caso es que me he quedado sin gasolina.

El sargento se rascó el cogote.

—Nosotros no podemos darle nada porque vamos algo justos. Pero venga con nosotros a Joshua Tree y allí le venderán unos galones. Volveremos a dejarle aquí porque hemos de regresar antes de la noche.

Johnny tragó la poca saliva que le quedaba. Su garganta sufrió

un espasmo.

—¿Joshua Tree? —preguntó.

Allí cerca estaba la casa donde se habían cometido los crímenes y de la cual había huido.

—¿Qué pasa? ¿No le gusta la idea?

—Pues yo... En fin, verán... ¿Qué diablos hago con el coche?

—Sitúelo a un lado de la carretera y no se preocupe, porque nadie se lo va a robar aquí. En tres horas está de regreso.

—Son ustedes muy amables. Se lo agradezco.

Pensó que no podía negarse. Y además no tenía otra opción: o eso o convertirse en un cactus.

Se acomodó en el patrullero, en el asiento posterior. El sargento se sentó a su lado mientras el otro conducía. Era un tipo amable: invitó a fumar a Johnny.

—¿Dónde ha dormido? —preguntó, mientras le daba fuego—. Por ahí abajo está todo lleno.

—Pues..., pues en una casa particular. He tenido suerte.

—Hum... Eso se ha animado mucho con los campamentos militares, en ciertas épocas del año. El resto del tiempo no viene nadie.

—¿Por qué? La comarca es hermosa...

El sargento se encogió de hombros.

Y dijo, tranquilamente:

—Es a causa de los muertos.

Johnny sintió que se le contraía la garganta. Su lengua produjo como un chirrido.

—¿Los... los muertos?

—Sí, los de la cueva Wilmore —dijo, con la mayor naturalidad, el policía—. Llevaban allí cien años, pero el terreno es tan seco que se conservaban perfectamente. Como si acabaran de diñarla, vamos. Incluso parecía como si alguno de ellos, al pincharle, hubiera de sangrar. Un bromista, el que descubrió aquella cueva, sacó dos de los cadáveres los colocó en otros tantos coches aparcados. Le prometo que fue una maldita experiencia.

—Lo... lo comprendo.

—Desde entonces la ciudad tiene mala fama —susurró el sargento—. Y hay otros bromistas que aseguran que allí la gente no se muere. Hasta han sacado una canción.

Johnny se estremeció. Recordaba haberla oído confusamente por la noche. Era algo así como «los muertos siguen en nuestras habitaciones y se sientan a nuestras mesas». Lo recitó en voz alta.

—¿Es... es eso?

—Sí —dijo el sargento, con sorpresa—. ¿Conoce la canción? ¿Dónde la ha oído?

—Pues..., por ahí.

—Es raro. Ya casi no la canta nadie. Y le prometo que si encuentro a alguien cantándola le casco un mamporro. Yo soy de aquella zona y la situación no me gusta.

John Bowery unió las manos.

El sargento parecía simpático y parlanchín. Debía de tener una dosis de humanidad que quizá los otros no tenían.

El hombre siguió:

—También está el asunto de las alucinaciones. Mala cosa, créame. La gente se alucina en el desierto, ya se sabe. Pero como Yucca Valley, por ejemplo, está tan cerca, hay quien ha visto espejismos dentro de sus casas. Personas muertas y cosas así. O rostros que flotan en el aire. ¿Se imagina...? ¡Ja, ja! ¡Rostros que flotan en el aire! ¡Si al menos fueran chicas con unas buenas piernas!

Johnny cerró los ojos con un espasmo.

Chicas con unas buenas piernas... El las había visto. ¿Pero a quién podía contarle una cosa así?

—Chicas con unas medias bien finas —dijo el sargento, acariciando el aire, como si ya las tuviera delante—. Y con unas ligas de esas del viejo estilo, de cuando las señoras eran señoras. Ligas con florecitas.

John Bowery se estremeció.

—¿Con florecitas? —preguntó—. ¿Por qué? ¿No está pasado de moda?

—Déjese de mandangas, amigo. Las cosas buenas no pasan de moda nunca. Pero le explicaré: Place dos años vino una compañía de teatro a Yucca Valley. Chicas cañón, no crea. Parecía mentira que hubieran dado con sus huesos allí. Actuaron un par de noches y bailaron un no sé qué... ¡Pero amigo! ¡Qué éxito! ¡Qué piernas! ¡Qué ligas con florecitas! Yo aún me acuerdo muchas veces de ellas, pero no puedo contárselo a mi mujer. Bueno, ¿qué le pasa? ¿Va a

un entierro?

Johnny seguía teniendo la cabeza hundida.

Por un momento le parecía haber sufrido alucinaciones. En otros momentos pensaba que todo aquello, al fin y al cabo, era realidad.

—Sargento —musitó al fin.

—¿Qué...?

—Si le he encontrado a usted es porque el destino quería que le encontrase. Mejor así.

—Bueno, ¿y qué tiene que ver el destino con mi cochino oficio?

—No sabía qué hacer, pero ahora lo veo claro. Le diré que pienso denunciar dos asesinatos.

—¿Dos asesinatos...?

El sargento le miraba como si no le creyese. El conductor volvió la cabeza para atrás y el coche estuvo a pinito de salir de la carretera.

Johnny siguió:

—¿Conoce un colegio femenino que ya no funciona y que está cerca de Joshua Tree?

—Claro que lo conozco. El de *miss Forsyte*.

—*Miss Forsyte* ha sido asesinada.

—¿Quéee...?

—Y otra mujer joven, con ella. Yo he dormido allí. Cuando me he dado cuenta, las dos estaban muertas.

El sargento le miró como si él fuera un alucinado.

—El desierto... —dijo.

—No; le juro que no es un espejismo del desierto. He dormido allí y he estado junto a los cadáveres. Además, ¿para qué discutir? Inmediatamente usted lo verá con sus propios ojos, sargento. Ya lo creo que lo verá.

El del volante no necesitó instrucciones.

Se puso a correr como un loco hacia el sur. El coche volaba. Johnny hundió la cabeza y pensó que su destino ya estaba decidido.

Quizá se pasaría meses en la cárcel.

Pero se sentía más tranquilo, ahora.

Era mejor decir la verdad.

Cuando llegaron ante el solitario edificio y vio marcadas aún las ruedas de su propio coche, tuvo un poco la sensación del que vuelve al hogar. La ventana del sitio en que él había dormido aún estaba

abierta. La cancela seguía en la misma posición.

Johnny, por el camino, ya lo había contado todo.

Lo de las tres chicas.

Lo de los vasos de *whisky*.

Lo de las botellas vacías.

Lo de las muertas.

El sargento le había escuchado con atención, pero se notaba que no le creía. Y al final se lo dijo:

—Ni una palabra, amigo. Ni una palabra de lo que usted ha dicho es verdad. Me cisco en su padre.

—¿Por qué no me cree, sargento?

—Porque está usted loco. ¿Dice que ha visto a la señorita Forsyte casi desnuda?

—Claro que sí.

—Pues con eso ya tengo bastante. La señorita Forsyte es una de las campeonas de la Liga de la Moral. No la ha visto desnuda ni la comadrona el día en que la hizo nacer.

—No sólo fue ella. También vi dos más.

—¡Pues qué bien!

—¿No me cree?

—Ni palabra. Y hasta me parece de mal gusto que mezcle usted en este asunto a una mujer tan respetable como la señorita Forsyte. No sé qué pretende, amigo, pero no me gusta. A lo peor es usted un bicho.

—¿Cree que podría haberme inventado el detalle de las ligas con florecitas?

—Claro que puede. Ese detalle lo he mencionado yo en primer lugar.

John Bowery hundió la cabeza.

Era cierto.

Pero, en fin, ya no valía la pena discutir. Ya estaban ante la casa. Los tres descendieron y se aproximaron a la puerta.

El sargento pulsó el timbre.

Nadie contestó.

Johnny le miró como si preguntara: «¿Lo ve?».

—Pueden haber salido. La señorita Forsyte tiene esto cerrado y no está siempre —dijo el sargento—. Espere.

Sacó una ganzúa.

—Es ilegal, pero el único que puede denunciarme es usted, y si usted me denuncia le parto la boca —gruñó—. Veamos...

Abrió la puerta sin dificultad. Vieron el vestíbulo, que estaba en orden tal como lo había dejado Johnny, y avanzaron hacia la sala. El joven casi cerró los ojos porque no quería ver aquello. Todo su universo mental estaba lleno de sangre, sangre, sangre...

El sargento carraspeó.

—Eh, amigo.

—¿Qué pasa?

—¿Dónde está la sangre?

Johnny abrió los ojos de pronto, mientras sentía una sacudida en la columna vertebral.

Infiernos...

¡Era cierto!

La inmensa habitación estaba en orden. ¡Y no había ni una botella rota! ¡Ni un vaso! ¡Ni una macha de sangre!

—Imposible... —barbotó.

—¿No era aquí donde dice que la señorita Forsyte estaba colgada?

—Sí. ¡Claro que era aquí!

—Pues ya lo ve, amigo. Todo en orden.

Johnny volvía a sentir vértigo.

—¡Hasta había una pared manchada de sangre! —gritó.

—¿Qué pared?

—¡Aquella!

El sargento bizqueó.

—¿Aquella? Oiga, yo la veo perfectamente.

En efecto, era así. Costaba creerlo, pero la pared estaba limpia. Y daba la sensación de que allí no había entrado nadie en mucho tiempo.

Johnny ya no sabía ni dónde estaba.

Barbotó:

—Vamos arriba.

—Está bien; vamos.

Ascendieron las lujosas escaleras. El joven pensaba: «Ahora verá, ahora verá...». Empujó la puerta del que había sido su dormitorio por una noche, y que recordaba perfectamente.

Quedó paralizado.

Las camas bien hechas.

Todo impecable.

Ni una mancha de sangre.

Ni una muerta.

El sargento carraspeó.

—Está lívido, ¿eh, compadre?

—No..., no lo entiendo.

—Hermano, puedo hacer cuatro cosas.

—¿Cuáles?

—La primera acordarme de su honorable padre. Y lo hago.

Johnny decidió aguantarse.

No sabía ni qué pensar. Volvía a sentir sus sienes bañadas en un sudor frío.

—¿Cuáles son las otras? —musitó.

—Bueno..., la segunda es acusarle por denuncia falsa. Me sobran motivos para hacerlo, ¿no?

—No se lo discuto.

—Pero no lo haré... Más bien creo que debería hacer la tercera cosa, porque, al fin y al cabo, es usted un pobre trastornado. Debería llevarle a que le sometan a observación mental.

—Quizá lo necesite, al fin y al cabo —dijo el detective cerrando los ojos.

El sargento se encogió de hombros.

—De todos modos tampoco lo haré... ¡Tanta gente sufre trastornos al borde del desierto! Eso ya se le pasará, y por lo tanto me inclino por la cuarta solución, que es la que dará menos complicaciones. Está usted libre. Compre la gasolina y le dejaremos junto a su maldito trasto. No quiero verle más por aquí, detective de los demonios. ¿Lo oye?

—Le aseguro que...

—No diga más tonterías. Hala, venga con nosotros. Le acompañaré a una estación de servicio.

Johnny ya no se atrevió a oponerse. Después de lo que acababa de ocurrir, estaba seguro de haber sufrido una alucinación.

Eso era increíble, porque él se había considerado siempre un hombre de cabeza clara. Pero está visto que el cerebro tiene sus misterios. O quién sabe si todos los misterios dependieran de la magia del desierto.

Se dejó conducir a la gasolinera, donde compró, en dos latas, cinco galones de esencia. Con eso podía seguir viaje hasta el próximo surtidor. Mientras tanto el sargento hizo el par de diligencias que le habían llevado a la población y subió de nuevo al patrullero. A buena velocidad le dejaron en un par de horas junto a su «Mustang».

Casi no habían cambiado una palabra en todo el camino.

Johnny no sabía qué pensar, y por lo tanto tampoco sabía qué decir.

Todo aquello era igual que un maldito sueño.

En cuanto al sargento, le miraba como si fuese un enfermo. Al fin, cuando ya se apeaba, masculló:

—No se preocupe, amigo. Esto no es nada.

—Ya quisiera yo que no lo fuese.

—¿Sabe el remedio?

—Pues... no.

—Una buena chica. ¡Una buena chica con ligas de florecillas! ¡Jo, jo! ¡Con ligas de aquéllas! ¡Y, sobre todo, una buena chicaaa...!

Ya se estaban alejando. Partían a toda velocidad.

John Bowery quedó quieto junto a su coche, sintiendo vértigo, sintiendo que una a una volvían a sus ojos aquellas imágenes espectrales, aquellas imágenes sin sentido de lo que parecía una increíble pesadilla.

Como una visión del Más Allá...

CAPÍTULO III

Llegar a Fresno, una vez atravesado el desierto y puesto en las buenas carreteras, no significó ninguna dificultad. Fresno es una ciudad activa, rica, bulliciosa, cuyas calles rectilíneas recuerdan a las de Manhattan. El joven entró por la Van Ness Avenue y se detuvo ante el hotel Sky, un lugar limpio y sin demasiadas pretensiones donde podría residir todo el tiempo que trabajase en Fresno. Ya tenía la habitación reservada.

Se dio una ducha helada y se tomó un *whisky* doble. La verdad era que ambas cosas le resultaban muy necesarias.

Pero no se sintió más calmado por eso.

La cabeza le hervía.

Le costaba admitir que él, un hombre que no se dejaba impresionar, hubiese tenido una pesadilla de aquella clase. Que todo aquello —los muertos, la sangre, la sensación de misterio— hubiera sido un simple espejismo del desierto. Mejor dicho, Johnny no lo admitía en absoluto.

Pero entonces, ¿qué...?

Tuvo la sensación de que iba a volverse loco.

Con un vaso de *whisky* en la mano y sin acordarse ni siquiera de secarse el agua que resbalaba por su cuerpo, miró a través de la ventana el tráfico que discurría por la avenida Van Ness. Desde Abby Street, a poca distancia, llegaban las notas de un concierto al aire libre. Unos cuantos hinchas que habían doblado por Blackstone Avenue gritaban y agitaban banderas desde coches descapotables porque había ganado su equipo de *rugby*.

John Bowery cerró la ventana y corrió las cortinillas, mientras su cerebro trabajaba a toda presión. Intentó recordar, punto por punto, lo que había sucedido: primero su llegada al colegio femenino; luego la presencia de la señorita Forsyte luciendo unas piernas sensacionales, a pesar de que le habían dicho que siempre

llevaba falda hasta los pies; en tercer lugar los cánticos y la música de Brahms; por fin, la otra chica, la que también mostraba generosamente unas piernas envidiables ceñidas por unas medias que terminaban en las ligas de florecillas. ¿Podía ser aquello un sueño? Y quedaba algo más: quedaba la que se presentó ante él, sin llevar encima más que un poncho mexicano. La que enseñaba aún más que las otras. ¿Podía aquello ser un sueño también?

Johnny acabó su *whisky*.

La cabeza le daba vueltas.

Al llegar al recuerdo de las dos mujeres muertas, le asaltó como una náusea. El *whisky* le había sentado mal. Y cuando recordó que luego la casa estaba perfectamente ordenada, sin sangre y sin víctimas, le venció el vértigo.

Aquello era más fuerte que él mismo.

Se sentía completamente desbordado.

En aquel momento, sonó el teléfono y consiguió arrancarle de su obsesión. Una voz femenina preguntó por él.

—Sí, soy yo mismo —dijo Johnny—. Acabo de llegar.

—¿Ha tenido algún accidente, señor Bowery?

—¿Por qué?

—Debía haber estado aquí hace varias horas. ¿Puedo ayudarle en algo?

—No, gracias. Simplemente me confundí de carretera.

—Como ya habrá adivinado soy Nancy —dijo la agradable voz—. Voy a ser su secretaria en la agencia de investigación durante todo el tiempo que esté usted en Fresno. Le doy la bienvenida y me atrevo a preguntarle si mañana estará usted ya dispuesto a empezar a trabajar.

—Por supuesto que sí, Nancy. A las nueve estaré en la oficina.

Casi iba a ser un alivio para él. Ocuparse de otros asuntos, dejar de pensar... En cierto modo había llegado a olvidarse de que estaba en Fresno para sustituir a un amigo al frente de su agencia. John Bowery, que aún tenía demasiados clientes, se veía obligado a aceptar las oportunidades que le daban los compañeros con más años que él. Su trabajo de Fresno sería uno de tantos trabajos sin porvenir con el que sólo aspiraba a ganar unos dólares.

—Lo celebro mucho, señor Bowery. Recuerde que la oficina está al final de Cedar Avenue, junto al Fresno State College. Será

estupendo que usted se vaya poniendo enseguida al corriente de los asuntos.

—Para mí también será estupendo —dijo él—. Necesito pensar en otros asuntos. Hasta mañana, Nancy.

Y colgó.

Se tomó una pastilla calmante e intentó dormir, porque realmente ya empezaba a necesitarlo. Pero no lo consiguió. Aquellas malditas ideas seguían danzando en su mente.

Al fin, tomó una decisión. Pidió a la telefonista del hotel que le pusiera con el Aristochrat College, situado entre Twentyn Palms y Joshua Tree.

¡Estaría bueno que le contestaran! ¡Estaría bueno que las muertas aparecieran por allí!

Pero no ocurrió nada de eso. El teléfono sonó larga e insistentemente en las habitaciones vacías.

John terminó colgando.

Volvía a sentir vértigo.

Al fin, ya de madrugada, cuando empezaba a desesperar, consiguió dormirse.

La oficina de investigaciones en que él iba a trabajar era propiedad de varios detective-socios. El sustituía a uno, pero los otros estaban en sus puestos. Eso significaba que se trabajaba en equipo y que su falta de experiencia y su desconocimiento inicial de la ciudad podían ser suplidas por la experiencia de los otros.

Nancy resultó ser una muchacha eficiente, de pantorrillas torneadas, de buena delantera y de abultado..., bueno, Nancy era una chica que tenía abultadas varias cosas. Pero sonreía de una manera profesional y sus gafas y su bloc de notas le daban un aire distante. Lástima.

Después de saludar a todos, Johnny se reunió con ella y con Percy, que era el detective más antiguo de la agencia y el que estaba más al tanto de los asuntos pendientes.

Percy le habló del primer asunto que tendría a su cargo, y del que debería empezar a ocuparse cuanto antes.

—Esta ciudad es rica —le explicó—, y por eso tenemos en el despacho numerosos asuntos comerciales. Informes, evaporación de fondos, falsas quiebras y todo eso. Pero la riqueza trae otras complicaciones. Las costumbres un tanto liberales de California y la

facilidad para desplazarse desde aquí a Reno, hace que abunden las investigaciones para preparar el divorcio.

Johnny arrugó levemente el ceño.

No le gustaba aquel trabajo, pero lo había hecho otras veces, de modo que asintió.

—Precisamente tiene usted una información confidencial como primer asunto —dijo Percy—. Hace pocos días nos llamó desde una cabina pública la señora Mortimer para preparar una entrevista en un lugar neutral. No quería venir a nuestra oficina porque aquí la gente se entera de todo y enseguida le hubieran ido al marido con el soplo. Uno de nuestros hombres se reunió con ella como por casualidad en un restaurante *selfservice*. La señora Mortimer dijo que quería reunir pruebas para divorciarse de su marido, porque éste la engañaba con otra. Como usted, Bowery, tenía que venir y estábamos sobrecargados de trabajo, le dijimos si podía aguardar unas fechas.

—¿Deberé encargarme de eso? —preguntó Johnny.

—Sí, inicialmente ése es su asunto. Se trata de una cosa rutinaria, supongo, pero debe entrevistarse con la señora Mortimer. Ella le explicará. Vaya a su casa con esta cartera.

Le tendió una en cuya tapa de cuero se leía: «Thomas Insurances Co». Era una típica cartera de agente de seguros.

—¿Ya no quiere vernos en un rincón neutral? ¿Qué pasa?

—No hay necesidad —dijo Percy—. Usted es desconocido en Fresno y ella tiene asegurado su coche en esta compañía, en la Thomas, precisamente. Visítela y propóngale una ampliación de la responsabilidad civil. A los criados les parecerá muy normal. Cuando estén a solas, ella le explicará.

—Entiendo. Y así, con el cuento del seguro, puedo visitarla cuantas veces sea necesario, ¿no?

—Precisamente. —Percy le tendió un papel—. Aquí tiene las señas, Bowery. Vaya cuando pueda y empiece a trabajar. Le deseo mucha suerte en su primer asunto.

Johnny salió a la calle y se dispuso a hacer lo que había hecho otras veces: sustituir a un compañero con más edad y más fortuna que él. Pero en esta ocasión lo agradecía, porque quizá el trabajo borraría sus preocupaciones. Necesitaba olvidar aquella obsesión o acabaría volviéndose loco.

Los Mortimer vivían en Marks Avenue, al oeste de la ciudad, en una jaula de primera clase. Desde el otro lado de la calle, Johnny contempló el chalet de amplios ventanales, de magnífico jardín y de factura ultramoderna. Un negro cortaba el césped con una segadora y otro sacaba brillo a un magnífico «Ford Continental» con la puerta del garaje abierta. Todo daba sensación de señorío, de riqueza y de vida sosegada. Pero narices. Lo que seguramente pasaba allí era que el marido y la mujer estaban tomando posiciones para ver quién era el primero que podía dispararle al otro un tiro en la nuca.

Johnny no atravesó la calle.

No. Lo que hizo fue mirar por tercera o cuarta vez el papelito doblado que Nancy le había dado al atravesar él la puerta para salir. El papelito decía sencillamente, en una letra menuda y nerviosa: «Antes de nada, llámeme».

Johnny no entendía demasiado bien que ella tuviera secretos con Percy. No acababa de gustarle.

Pero su profesión tenía muchas caras, y los secretos eran una de ellas. Se metió en una cabina telefónica y disco el número de la agencia.

Le contestó enseguida la voz de Nancy.

—Le estaba esperando, Johnny. Empezaba a temer que no hubiera entendido usted mi mensaje.

—Se entiende perfectamente. ¿Qué pasa?

—No me he atrevido a decírselo delante del señor Percy. Temí que él lo tomara a mal.

—¿Y qué es lo que él había de tomar a mal? No acabo de comprenderla.

—Es muy sencillo, Johnny, pero hace falta entender ante todo que esto no es Nueva York. Ésta es una ciudad pequeña, donde todas las personas están relacionadas. Lo que quiero decirle es que no sabía que iban a encomendarle este asunto, porque de lo contrario se lo habría advertido anoche. Si usted quiere, me retiraré de él y no tendré acceso a ninguno de los informes que usted entregue.

—¿Y por qué había de retirarse? ¿Qué le pasa a usted con este caso?

—Yo hago trabajos para el señor Mortimer.

John Bowery meneó la cabeza. ¡Vaya con el pluriempleo de la

chica! Aquello no dejaba de ser una complicación.

—¿Qué clase de trabajos? —preguntó.

—El señor Mortimer es abogado y a veces tiene que redactar largos informes. También interviene en política y prepara discursos. Yo soy la mejor mecanógrafa que conoce, o al menos eso dice, y dos horas cada noche me dicta trabajos. No tengo ninguna otra relación con él. Pero si usted cree que puedo ser sospechosa de pasarle algún informe, me retiraré enseguida del asunto.

—No —dijo Johnny—, nada de eso. El solo hecho de que me haya advertido ya demuestra su honradez. Olvídelo.

—Gracias, Johnny. Pero le ruego que, en justa reciprocidad, juguemos limpio. No me haga preguntas sobre el señor Mortimer.

—Naturalmente —susurró el joven—. Después de advertirme usted, sería un golpe bajo. No le haré la menor pregunta. Gracias por su franqueza, Nancy.

Y colgó.

No tenía más que atravesar la calle para meterse en la jaula dorada de los Mortimer. No tenía más que llamar a la puerta para conocer a la vieja arpía que quería divorciarse.

¿Vieja arpía?

La mujer llevaba pantalones y, encima, los muy condenados eran de color carne. A cierta distancia, la señora Mortimer debía de parecer la reina de una colonia nudista. Puestos a hablar mal de ella, habrá que decir que no tendría más allá de los treinta años.

De modo que de vieja arpía, nada.

Ni las uñas.

Ella le hizo unas cuantas preguntas sobre el seguro mientras podían oírles los criados, y luego le hizo pasar a su despacho para hablar con más calma. Moviéndose sobre sus altos tacones y balanceando sus felinas caderas a cada paso, tendió a Johnny un vaso de *bourbon*.

—¿Le apetece?

—Sí, gracias. Los policías no beben en acto de servicio, pero yo no llego a ser un policía.

—Creí que la agencia enviaría para este trabajo a un hombre mayor.

Johnny sonrió.

—¿Tiene algo de especial ese trabajo, señora Mortimer? ¿Cree

que no serviré?

—No, no he dicho eso... Perdóneme. Pero además resulta indiferente que sirva o no.

—¿Por qué?

—Porque no quiero ya que nadie se ocupe del asunto. Debí haber telefoneado a la agencia, pero se me olvidó. Ha hecho usted el viaje en vano, señor Bowery, aunque, como es lógico, pagaré la factura por el tiempo que les he hecho perder.

Johnny hubiera esperado cualquier cosa menos ésa. Que la mujer se volviese atrás en el último momento, después de haber tomado una decisión tan difícil, no resultaba normal. Por eso musitó, sin disimular del todo su sorpresa:

—¿Ha tomado usted esta decisión ahora, señora Mortimer?

—No. La tomé ayer.

—¿Y olvidó telefonear a la agencia?

—Sí. Soy muy distraída.

—Es extraño que una persona se distraiga en un asunto tan importante, señora Mortimer.

Ella hizo un mohín.

—No me haga preguntas —dijo, suavemente—. Ya le he advertido que les recompensaré por las molestias.

—Sólo una cosa, señora Mortimer, ¿qué edad tiene su marido?

—Cuarenta años.

—¿Por qué quería divorciarse de él?

—Ya no quiero.

—¿Pero por qué «quería»?

—Supongamos que me era infiel. Que me engañaba con otra.

Johnny pensó que eso era difícil, porque con una mujer como aquélla no se concebía que uno se dedicara a pensar en las demás. Pero de todo puede cansarme un hombre, claro, por complicado que parezca. A lo peor la señora Mortimer, en su alcoba, era un témpano, era una esfinge. En tal caso menudo suplicio. Sonriendo e intentando quitar mordiente a su pregunta, Johnny susurró:

—¿Y ya no la engaña?

Ella se encogió de hombros.

—Supongamos que hubiera además otra razón —murmuró—. Supongamos que me diera miedo.

—¿Miedo? ¿Por qué?

—No sabría decirle. Mi marido es también arqueólogo por afición. Hace investigaciones por ahí. Excava en la tierra.

—¿Y eso es malo?

—Los arqueólogos excavan en las tumbas, señor Bowery.

Las palabras fueron pronunciadas en un tono especial que impresionó a Johnny. Éste musitó:

—Sigo sin entender que eso sea malo.

—Llega a serlo cuando a una le llenan la casa de calaveras y de viejos fetiches. Cuando a una le empiezan a hablar horas y horas de la inmortalidad. Cuando se vive en un clima irreal, en un clima que llega a ser de pesadilla. Usted no puede comprender eso, señor Bowery.

Johnny hundió la cabeza. Claro que podía comprenderlo. Había estado metido hasta el cuello en el clima de pesadilla, sólo dos noches antes, hasta tener la sensación de que se volvía loco. Por eso, las palabras de la hermosa mujer calaban hondo en él. Pero lo disimuló con un gesto que quería ser de indiferencia, mientras dejaba sobre una mesita el vaso de *bourbon*.

—¿Y ahora ya no tiene miedo? —susurró.

—Las razones por las que no quiero divorciarme son cosas mías, señor Bowery. Sólo me pertenecen a mí.

—De acuerdo... Le ruego que me perdone si le he hecho más preguntas de las necesarias. Sólo quería estar seguro.

Se levantó y fue a dirigirse hacia la puerta. Ella le tendió una mano cálida, suave, una mano que parecía estar hecha para buscar contactos furtivos en la oscuridad. En fin..., ¡por todos los diablos! ¿Es que uno no podía estar ni cinco minutos con aquella mujer sin ponerse a pensar en cometer pecados con ella?

—Adiós, señor Bowery.

—Adiós, señora Mortimer. Y perdone otra vez.

Johnny se encontró en la calle.

La puerca calle de los que no tienen trabajo.

Su primer asunto y... ¡plim!

La cliente había metido la marcha atrás. ¿Para qué cuerno estaba él entonces en Fresno?

Claro que podían darle otro caso, pero había empezado con mal pie. Podían acusarle de no haber sabido ni conservar el cliente. Podían decirle incluso que tomara su «Mustang» y se marchara por

donde había venido.

Chascó dos dedos.

Bueno, al diablo.

No siempre a uno le pueden salir las cosas bien.

Anduvo un rato por Belmont Avenue, en dirección a la autopista, mientras rumiaba su fracaso y llegaba a perder la noción del tiempo. Al fin se metió de nuevo en una cabina telefónica. Discó el número de la agencia.

—¿Nancy?

—Hola, Johnny. ¿Ya ha resuelto el asunto?

—Todo lo contrario; me parece que lo he estropeado. Ya sé también que prometí no hacerle ninguna pregunta sobre Mortimer.

—Sí, lo prometió.

—De todos modos ésta no es comprometida. Realmente casi no tiene que ver con la investigación, se lo aseguro. Si usted no quiere informarme, cualquier otra persona lo hará.

—¿A qué se refiere? ¿A que si el señor Mortimer le gustan llenitas?

—No. Sólo quiero saber si es verdad que también se dedica a la arqueología y tiene su casa llena de calaveras y de viejos fetiches relacionados con la inmortalidad.

Se notó que la muchacha vacilaba un momento al otro lado del cable.

Al fin musitó:

—Sí... El es un hombre muy ocupado, pero encuentra tiempo para eso. Le entró una afición brutal hará cosa de un año. Dejaba incluso trabajos importantes para ir a hacer excavaciones. Últimamente se le pasó un poco la fiebre. ¿Pero por qué pregunta eso?

—No... Por nada —musitó él—. De todos modos quisiera decirle que...

Y entonces John Bowery se interrumpió, de pronto.

Acababa de ver algo que lo cambiaba todo.

Algo que lo arrojaba otra vez de cabeza al mundo de las tinieblas.

CAPÍTULO IV

La muchacha que pasó ahora por delante mismo de los cristales de la cabina ya no llevaba el poncho mexicano. Ahora llevaba una cazadora casi masculina, una camisa azul y unos *blue jeans* muy ceñidos. Pero sus cabellos negros, sus ojos, sus relieves, su cara..., ¡todo era igual! ¡Tenía que ser ella! ¡Tenía que ser la misma!

Era volver de nuevo al mundo de la pesadilla.

Pero ahora la chica estaba allí. Ahora no se trataba de una broma. Casi podía tocarla.

La voz de Nancy dijo, al otro lado del hilo:

—¿Pero qué pasa? Oiga... ¡Oiga! ¡Oiga!

Johnny dejó caer el auricular. No se acordó ni de colgarlo.

Nada en el mundo le importaba, excepto la presencia obsesionante de aquella chica.

Salió inmediatamente y la siguió. Ella no le había visto, quizá porque los que andamos por las calles no nos solemos fijar en los que están en las cabinas telefónicas. Pero andaba presurosamente y parecía algo nerviosa. Johnny la siguió.

A pesar de ser de día, las letras luminosas tintineaban.

«Sheila..., Sheila..., Sheila».

Parecía una discoteca. O un club.

La chica se había metido dentro.

Johnny se coló también un minuto después. En sus largas correrías por Greenwich Village se había metido en muchos antros de aquella clase. Vio lo de siempre: la larga barra, los tipos amodorrados ante sus vasos, el tocadiscos luminoso, unos pósters, una chica que bostezaba, un camarero que birlaba un dólar de la caja...

Pero, en cambio, no vio a la chica. Ella se había evaporado.

Los ojos de Johnny taladraron aquel ambiente.

Si no estaba allí, tenía que haberse metido por la puerta del

fondo del local. En realidad, la puerta aún oscilaba. Johnny se dirigió hacia allí.

Entró.

Vio un largo pasillo.

Dos puertas.

Un puño.

El puño se clavó en su cara. Solamente le frenó, poniéndoselo delante. Era un puño tan fastidioso como una luz roja cuando uno va embalado. John Bowery lo apartó suavemente.

Detrás del puño estaba un tío de dos metros.

Y unos dientes amarillos.

Y otro puño como el que había estado exhibiendo seguramente para hacer propaganda.

El gorila, murmuró:

—Reservado el derecho de admisión, hermano.

Johnny intentó sonreír.

—Sólo quería ver a una chica.

—¿Qué chica?

—Llevaba una cazadora muy fea. Y una camisa azul. Y unos *blue jeans* muy ceñidos.

—Usted delira, hermano.

—¿Ah, sí?

—Esa chica no existe.

—Es la segunda vez que veo chicas que no existen —dijo Johnny, amablemente.

—Pues peor para usted: vaya al oculista.

—Seguiré su consejo. Y yo le voy a dar otro, amigo.

—¿Cuál?

—Vaya al dentista.

Johnny disparó su puño derecho contra la mandíbula del gorila. El tampoco era manco. Había peleado con los matones del Bowery, el barrio del cual llevaba el nombre. Se había largado golpes de garfio con pandillas de asesinos nocturnos de la Avenida Doce. Se había tenido que dedicar a hacer caricias, con la cadena de una bicicleta, a algunos vaqueros levantiscos de Denver.

O sea que lo que se dice cobrar dinero, había cobrado poco, pero, en cambio, mamporros, había recibido muchos.

El gorila levantó los pies del suelo.

Le habían cazado bien.

Barbotó una maldición y fue a dedicarle un golpe bajo, pero Johnny ya lo esperaba y pudo esquivarlo bien. Chocó de espaldas contra la pared, tomó impulso y embistió de cabeza contra el estómago de su enemigo. Éste se acordó de dos cosas: de la mamá de Johnny y de la primera papilla que había tomado en su vida.

Se dobló, sin saber dónde tenía los pies. El detective alzó ambas manos y le propinó un terrible golpe combinado en la nuca.

El gorila no era tan impresionante como parecía a primera vista.

Era más bien uno de esos tipos que impresionaban a la clientela y que de vez en cuando hacen «muuu»... Quedó sentado en el suelo, sin saber lo que le pasaba, mientras ante sus ojos bailaban miles de estrellitas.

Johnny fue a seguir adelante.

Pero el cañón de una pistola se clavó entonces en sus riñones.

El joven se volvió, apenas. Dirigió hacia atrás una mirada acerada.

El fulano que le estaba apuntando no tenía pinta de gorila, sino de serpiente. Una luz babeante, viscosa, parecía resbalarle de los ojos. Pero empuñaba un «Luger» y con esa clase de petardos no hay quien haga bromas. Johnny alzó las manos, levemente.

—¿Quién es usted? —preguntó—. ¿El recaudador de impuestos?

La mano izquierda de aquel tipo le cacheó hábilmente, convenciéndose en un instante de que no llevaba armas.

A continuación le quitó con dos dedos el permiso de conducir y la licencia de detective.

El gorila ya se había puesto en pie. Resoplaba como una locomotora de la guerra de Secesión.

—Déjame a mí, Patterson... —farfulló—. Cuando yo lo repase no habrá peligro de que se les ocurra enviarle a Vietnam, maldita sea...

—Quieto, gordo. Es un pesquisa privado.

—¿Un pesquisa sin chapa? ¿Y qué hace aquí?

—Ya se lo he dicho —murmuró Johnny, pacientemente—. No es tan grave perseguir a una chica.

La presión de la pistola en su espalda se hizo más insistente.

—Salga por esa puerta del fondo —dijo la voz de Patterson—. Andando.

Johnny obedeció.

Al fin y al cabo la puerta del fondo era el sitio por el que tenía que haberse largado la chica.

Pero se encontró con la sorpresa de que aquello no daba a otra pieza, sino directamente a un callejón lateral. Johnny casi tropezó con la desnuda pared de ladrillos.

—Quieto ahí. Las manos en la nuca.

Johnny obedeció también. No sabía exactamente qué era lo que estaba ocurriendo. Pero lo comprendió instantes después cuando le dieron aquel terrible culatazo en los riñones, aquel culatazo capaz de dejar sin respiración a un elefante.

Sus rodillas se doblaron.

El punto de mira de la «Luger» le pasó por detrás de la oreja, produciéndole un hilo de sangre.

El gordo le atizó con las dos manos unidas, como poco antes le había atizado él. Johnny dio media vuelta sobre sus zapatos, a causa de la violencia del golpe, mientras le parecía que el callejón giraba vertiginosamente. El de la pistola le atizó con el cañón en el estómago.

John Bowery tuvo la sensación de que se lo perforaban. De que no volvería a comer en todos los días de su vida.

Su mandíbula se adelantó peligrosamente.

No sabía muy bien dónde estaba. La pared venía y volvía hacia él, venía y volvía...

El de la pistola le atizó con la culata en la mandíbula. Fue un golpe atroz, un golpe de mala baba. Para dejarle la cara deformada por siempre jamás. Menos mal que Johnny tenía los huesos duros, como casi todos los que han pasado hambre en esta vida. Sólo vio millones de estrellas ante sus ojos y cayó de bruces.

Notó que le daban un par de terribles puntapiés en las costillas, pero ya apenas los sintió porque estaba a punto de perder el conocimiento. Sólo notaba que le costaba trabajo respirar, y que tenía la boca llena de sangre.

La puerta se cerró encima de su cabeza.

Le habían dejado solo en el callejón.

Y entonces Johnny perdió el conocimiento, pero al menos tuvo suerte. Mientras sus sentidos se nublaban, vio muchas ligas con florecillas y piernas de chicas, chicas, chicas...

Puestos a que a uno le aticen, perder el sentido de ese modo siempre es un consuelo, qué cuerno.

CAPÍTULO V

Percy le dirigió una mirada muy poco amistosa, mientras el médico ponía a Johnny un vendaje duro en torno a las costillas.

—No se puede decir que haya tenido usted un debut afortunado, amigo Bowery —dijo—. En realidad no recuerdo a nadie que haya empezado a trabajar en Fresno de una manera tan desastrosa.

Johnny contuvo un gemido, porque todo el resto del cuerpo aún le dolía.

—Crea que... lo siento —barbotó—. No ha sido culpa mía.

—No digo que tenga la culpa —susurró Percy—, sólo digo que su debut ha sido un desastre. Primero pierde a una cliente que nos interesaba ganar; luego tiene una pelea en un bar de mala nota.

—¿El Sheila es un bar de mala nota?

—¿Pues qué cree? ¿Que uno va allí a recibir el bautismo?

—¿No es lo mismo que todos? ¿No hay allí *whisky* malo y alguna chica con buenas curvas?

—Es uno de los bares más infectos de Fresno —sentenció Percy—. ¿Por qué se metió allí?

—Iba detrás de una muchacha.

Inmediatamente después de decir eso, Johnny se arrepintió. Nancy estaba presente, ayudando al médico, y le miró con una indefinible expresión de asco. No es que Nancy le importara maldita la cosa lo que hiciera él; pero era muy libre de que le dieran asco los tipos que, recién llegados a una ciudad, ya se dedicaban a ir detrás de la primera golfa que se les ponía a tiro.

—Se ve que no tengo suerte —dijo Johnny—. Lo siento.

Percy le apuntó con el dedo.

—¿Qué muchacha?

—Nada, olvídelo... Era una mujer a la que conocía de antes.

—¿Y no ha podido hablar con ella?

—No. Entonces he tenido la pelea.

—Haga una cosa, Johnny.

—¿Qué?

—Lárguese.

Y Percy hizo un gesto de indiferencia, como el que espanta una mosca. Johnny se le quedó mirando con los ojos entrecerrados.

—Usted no puede despedirme, Percy. Yo he venido aquí a sustituir a un amigo.

—Mi socio no se sentirá muy feliz si sabe que le ha sustituido un hombre que pierde los clientes y tiene broncas en los bares. Esta agencia es muy prestigiosa y no podemos permitirnos el lujo de exhibir por ahí a un fulano que se parte la boca en los reservados. En Fresno todo se sabe, amigo.

—Oiga, ¿qué cuerno cree que es un detective privado? ¿Un predicador? ¡Estoy harto de partirme la boca en sitios peores que ése!

—Fresno no es Nueva York, amigo. Aquí la basura se huele más. Johnny apretó los labios.

Hizo él también un gesto como si espantara una mosca.

—Bah... —dijo—. No vale la pena. Tampoco soy un muerto de hambre, de modo que me iré enseguida.

—Estoy decidido a pagarle las molestias, Bowery. No quiero que salga perdiendo.

—Olvídelo. Cuando haya vuelto a casa le enviaré una factura por los gastos estrictos del viaje. Y ahora me largo.

—¿Adónde piensa ir?

—Últimamente había tenido un poco de bazofia en Denver.

—¿Asuntos malos?

—Como los de aquí —dijo Johnny despectivamente, mientras se abrochaba la americana—. Divorcios.

Se dirigió hacia la puerta. Nancy le precedió a toda prisa para abrírsele.

—Lo siento... Crea que lo siento, Johnny —dijo—. Las cosas han rodado mal desde el principio.

—No tiene importancia. Quizá sea una suerte para todos el que yo no eche raíces aquí.

—¿Necesita dinero?

—No, gracias.

Ella extrajo, nerviosamente, algo de uno de los bolsillos de su

ceñida chaqueta.

—Tome al menos esto. Es una tarjeta de crédito a nombre de la agencia. Úsela para los gastos de viaje y haga que nos los carguen en cuenta. No sería justo que, encima usted tuviera que adelantar el dinero.

El joven se inclinó a los pies de la muchacha y recogió el pequeño cuadernillo forrado en piel. Mientras se levantaba, miró con deleite las torneadas rodillas de Nancy y pensó que, después de todo, la vida merece vivirse mientras uno pueda ver esas cosas.

—Tome —musitó—, se le ha caído esto.

—Gracias. Es una agenda en la que anoto mis impresiones diarias. Me sabría muy mal perderla.

—Pues ya puede apuntar lo del día de hoy: «He conocido a uno que morirá joven». Y, ahora, adiós.

Salió.

Estaba anocheciendo sobre Fresno. La ciudad ya no le pareció tan activa, tan moderna, tan dinámica, tan alegre.

Era, al fin y al cabo, una ciudad donde le habían enviado al cuerno.

Se dirigió al hotel donde pensaba pasar varias semanas y donde había estado solo una noche. Tenía que recoger sus cosas para largarse.

Condenado momento aquél en que se le ocurrió pedir alojamiento en el colegio cerca de Yucca Valley...

¿Por qué volvió allí? ¿Por qué hizo otra vez la ruta infernal del desierto, cosa que no se le hubiera ocurrido ni a un verdadero idiota? ¿Por qué regresó a Twentyn Palms, aunque tomándose la cosa con calma y tardando casi dos días en el camino?

Cuando volvió a detenerse ante el porche del hotel, ya estaba anocheciendo. Zumbaban las moscas en torno a la anticuada lámpara. En un rincón, un chico y una chica se estaban diciendo al oído lo conveniente que sería que el mundo tuviera un nuevo habitante a la mayor urgencia. Un viejo tocaba una armónica como en los buenos tiempos del Oeste, cuando por allí pasaban los de las caravanas soltando escupitajos.

El dueño del hotel se rascaba la calva.

—Hola, amigo. ¿Otra vez por aquí?

—Ya ve. He regresado pronto.

—Pues tiene suerte, porque ahora me sobran habitaciones. Lo que le dije la otra vez: pasó la marabunta, pasó la fiebre y ahora nos morimos de asco. ¿Qué habitación prefiere? ¿Con ducha? ¿Con baño? ¿Con vistas a la calle? ¿Con vistas a una ventana donde a veces hace gimnasia una chica?

—Deme algo tranquilo. Necesito descansar.

—Claro que sí... Por cierto, ¿le atendieron en el colegio? ¿Le dejó dormir la señorita Forsyte?

—Sí, claro que sí.

—Es amable, ¿verdad?

—Mucho.

El hotelero tomó una llave y fue a salir de detrás de su *comptoir*. Johnny le detuvo.

—Una pregunta. El colegio estaba vacío, ¿no?

—Sí, claro. Van a liquidarlo.

—¿Y la señorita Forsyte vivía sola allí?

—No. Siempre hay otra señorita con ella. Una mujer de su misma edad.

Johnny apretó los puños. Una mujer de su misma edad... Por tanto era la otra que él había visto muerta.

Era imposible que hubiera soñado, que todo aquello no hubiera sido más que una sucia pesadilla.

Susurró:

—¿Y dónde está ahora la señorita Forsyte?

—¿Por qué?

—Quisiera darle las gracias.

—Pues no lo sé... —el hotelero se pellizcó la nariz—. Hace tres o cuatro días que no se las ve por aquí, pero no es extraño porque tendrán mucho trabajo en el colegio. De todos modos, si quiere ir, vaya.

—¿No ha pasado nada allí?

—¿Qué iba a pasar?

—No sé... —Johnny volvía a tener aquella brusca sensación de irrealidad—. Como usted mismo acaba de decir que no se las ve... Pienso si estarán enfermas.

El hostelero bizqueó.

—¿Por qué le preocupa tanto una mujer que lleva falda hasta los pies? ¿Una mujer que no enseña ni los tobillos?

—Pues...

—Porque la señorita Forsyte es exagerada en eso, ¿eh? Usted lo notaría.

Johnny pensó, como entre brumas, en aquellas maravillosas piernas. Y en las excitantes ligas de florecillas. Y en tantas cosas que hubieran mareado a cualquiera con más resistencia que él.

Al fin pensó en las dos muertas y tuvo que cerrar los ojos.

—¿Qué le pasa?

El hostelero le miraba fijamente.

—Nada, nada... Es simple cansancio. Acompáñeme a mi habitación.

Fueron a subir las escaleras hasta el primer piso, porque el edificio sólo constaba de dos plantas, pero en aquel momento alguien les interrumpió. Era un hombre de mediana edad, algo pálido, bien vestido, que se dirigió al hostelero rápidamente:

—Déjame telefonear, Rock.

—¿Qué pasa?

—He encontrado un muerto en la carretera. Un tipo que ha debido caerse de una moto.

—¡Diablos! ¡Hacía tiempo que no ocurría ningún accidente aquí! ¿Es alguien de la ciudad?

—No. Es un forastero. Voy a avisar al juez enseguida. Y también al sargento Norton.

—Llama, doctor, llama... ¡Maldita sea, qué cosas pasan! ¡Y yo que creía que ahora la gente circulaba con más prudencia!

El recién llegado —por el tratamiento que le habían dado tenía que ser médico— descolgó el teléfono que había en el mismo *comptoir* y marcó un número. Johnny no prestó atención. Al fin y al cabo un accidente de tráfico más... Pero cuando ya estaba en el primer piso oyó con más claridad la voz:

—Sí, sargento, sí... Es un forastero... Lo único que he hecho ha sido recoger su documentación, sin tocar nada más... ¿El nombre...? A ver si me acuerdo... ¡Ah, sí...! ¡Es un tipo llamado Mortimer!

CAPÍTULO VI

John Bowery sintió que su pie derecho quedaba colgado en el aire, antes de tocar el peldaño. Una sensación de aire frío pasó por su columna vertebral. Antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo ya había girado y descendía las escaleras nuevamente.

El hostelero gruñó:

—Eh... ¿Ya no quiere la habitación?

—Claro que sí. Pero aguarde un momento, por favor. Aguarde.

Cuando llegó de nuevo a la planta baja, el desconocido ya colgaba. Tenía un aspecto preocupado. Sus ojos cansados se clavaron en Johnny.

—Perdón —dijo éste.

—¿Qué quiere? ¿Quién es usted?

—Me llamo John Bowery. Soy detective privado.

—No me dirá que investiga algo aquí...

—Oh, no... Sólo estoy de paso. Pero he oído su conversación por teléfono.

—Ya ve: un accidente.

El hostelero había bajado detrás. Casi se puso entre los dos.

—Perdonen, pero no les he presentado. Éste es mi nuevo huésped, el señor John Bowery, que hace unos días ya pasó por aquí. Y éste es el doctor Richard Forsyte, médico forense, titular de la zona.

Johnny arqueó una ceja.

—¿Forsyte? —musitó.

—El mismo. ¿Qué tiene de extraño mi apellido?

—¿Tiene usted que ver algo con... con una señorita que regenta un colegio, aquí cerca?

—Es mi hermana. ¿Por qué?

Johnny tragó saliva.

—¿Su hermana...? ¿Y cómo se encuentra?

—¿Cómo va a encontrarse? Perfectamente... ¿Pero es que usted la conoce? Creí que era forastero.

—La traté hace poco. Me dio alojamiento en su colegio, cuando esto estaba lleno.

—¿Hace poco? ¿Cuándo?

—Hace cuatro noches.

Ni una chispita de confusión pasó por los ojos del médico. Y entonces Johnny se convenció de que él ya se había vuelto definitivamente, irremediablemente, mortalmente loco.

Si *miss* Forsyte hubiese muerto, su hermano lo sabría. O sea, que no había muerto. ¡Y, sin embargo, él había visto su cadáver! ¡Había podido tocarlo...!

Todo hombre que sabe que está al borde del abismo, lucha por no caer en él. Se defiende con sus últimas fuerzas y con sus últimos deseos de vivir. Johnny hizo un patético esfuerzo para convencerse de que no se había vuelto loco. Quizá, después de todo, la mujer que él vio fuese otra en lugar de la señorita Forsyte.

—No sé si sabrá usted comprenderme —dijo—, pero me temo que alguien me engañó.

—¿Mi hermana? ¡Es imposible!

—La persona que me abrió me dijo que allí no vivía ninguna señorita Forsyte.

—¿Eso dijo? ¡Qué tontería!

—Quizá saldría de dudas, si usted me enseñara una foto de su hermana. Le diría si fue ella misma la que me abrió.

El médico echó mano a la cartera y extrajo una foto familiar. Estaban él y una mujer. La mano de Johnny tembló perceptiblemente.

Forsyte le miraba con fijeza.

—¿Es ella?

—Sí.

En efecto, lo era. Era la muerta.

—¿Y le dijo que no se llamaba Forsyte? Eso es imposible, porque mi hermana es la persona más seria de esta comarca. No miente nunca.

—Quizá yo oí mal, ¿sabe? En realidad estaba muy cansado aquella noche.

—Sí, así debió ser.

—Oiga, «doc»... ¿El tipo que ha encontrado muerto junto a su moto era un forastero?

—¿No ha oído el parte que daba al sargento?

—Creo que lo conozco. Tal vez pueda ayudar a identificarlo. ¿De dónde era ese hombre? ¿O dónde vivía?

—En Fresno.

—¿Profesión?

—Abogado.

—¿Edad?

—Cuarenta.

Johnny se había estremecido tres veces con las tres respuestas, a pesar de que quería mantenerse sereno. Hundió la cabeza y pensó en la preciosa señora de los pantalones color carne. La preciosa señora que ahora no tendría que encargar a nadie los trámites para el divorcio porque ya era viuda.

El médico seguía mirándole fijamente.

—¿Qué le pasa? Está muy pálido... ¿Ese hombre era amigo suyo?

—Un poco. ¿No puedo verlo?

—Sería mejor obtener la autorización del juez, pero no puedo oponerme. Venga.

Los dos subieron al automóvil del médico, un moderno «Ford Granada» color rojo. Johnny pensó en las vueltas que da la vida. ¡Mira que encontrarse a tanta distancia, con el cadáver de Mortimer! ¡Y mira que tropezarse con él, en la carretera, nada menos que el médico forense que habría de hacerle la autopsia!

Pero el destino tiene esas bromas. No hay que hacerse mala sangre con él.

Llegaron al lugar del accidente, donde ya estaban dos policías tomando fotos. La motocicleta, una potente «Harley-Davidson», yacía a poca distancia. Alguien la había tocado y una rueda giraba en el aire. Muy cerca, un hombre bien vestido, caído de bruces, tenía media cara hundida en su propia sangre. La mitad de aquella cara estaba destrozada. El resto del cuerpo aparecía intacto.

El sargento vino enseguida.

—Eh, «doc».

—Hola, amigo.

—También es chiripa encontrarse usted el trabajito, ¿eh? ¿De

qué cree que ha muerto este hombre?

—La cosa está clara, pero de todos modos no hablaré hasta después de la autopsia.

—Y tanto que está clara la cosa. Se ha pegado un leñazo.

—¡Menuda castaña! —dijo el otro policía—. Mire, ahí lo tiene bien claro. Hay una mancha de aceite en la carretera que se habrá ido desprendiendo desde el cárter de algún camión. ¡Y encima, se quejan cuando les vas a poner una multa! Este hombre debía venir a unas noventa millas, porque el velocímetro está encasquillado ahí: justo a noventa. Se ha pegado un patinazo y ¡zas!..., ahí lo tiene. Esta vez no es ningún misterio, «doc». Tiene la cosa clara como el agua.

El médico hizo un gesto dubitativo.

—De acuerdo, pero hablaré después de la autopsia. Quiero saber, sobre todo, si este hombre iba drogado o borracho. ¿Ha venido el juez?

—Ahí llega.

En efecto, un «Cadillac», ya algo tronado, se aproximaba en aquel momento. De él salió un tipo gordinflón seguido de otro hecho un palillo. El palillo mamaba de una botella de leche; el otro mascaba chicle.

Este último era el juez.

Apenas dirigió una mirada al honorable difunto.

—¿Por qué me han molestado? ¡Ahora estaban dando por la tele un partido de béisbol!

—Le hemos molestado porque tiene usted que tocarse las narices, juez. Es su deber.

—¡Pero si la cosa está clara...! Una castaña mayúscula, al caer desde la moto. Hala, llévenselo de aquí y métenlo en el primer depósito de basura que encuentren. Usted, sargento, se encargará de la identificación y de todo.

—No necesito que nadie me diga lo que he de hacer —masculló el sargento—. Y conste que yo también me he quedado sin ver el partido de béisbol.

—Pues no pierda tiempo. Si lleva documentos, el asunto está claro. Tómenle las huellas necrodactilares por si está fichado. Y ahora vámonos. Mi secretario ya ha tomado la debida nota.

El secretario no se había enterado de nada, porque seguía aún

mamando de su botella de leche. Los dos desaparecieron tan rápidamente como habían venido en su «Cadillac» pasado de moda.

Johnny hizo un gesto de desesperanza.

Pero, en fin, no había que sorprenderse. Aquello encajaba bien en las costumbres tranquilizar del Sur.

El sargento llamó por radio a una ambulancia y ésta se presentó muy poco después. Todo tenía un aire aburrido y rutinario, de cosa que se hace cada día. El cuerpo fue pasado a una camilla y metido dentro, como un objeto. El médico se dispuso a seguirla en su «Ford Granada».

—Usted puede venir conmigo —dijo el sargento, mirando a Johnny—, aunque, ¿quién diablos es?

—Me llamo John Bowery. Soy detective privado y hace poco he trabajado en Fresno.

—Mala cosa ser detective privado, ¿eh? ¿Ya ha pagado el traje que lleva puesto?

—No —dijo Johnny.

—Está bien; métase en el coche y aguarde. Y procure que los pantalones no se le arruguen.

Johnny se quedó medio dormido mientras esperaba a que sacaran las fotos del lugar del accidente, unas fotos que hacían falta para el archivo, aunque el cadáver ya no estuviese allí. Luego regresaron a Twentyne Palms. Los dos policías fueron hablando de otras cosas, como si ya no se acordaran para nada del muerto.

Y, en efecto, ¿para qué habían de acordarse? Aquello era la rutina de todos los días.

Una vez en el hotel, Johnny, que aún llevaba apuntada la dirección de Mortimer, telefoneó a su viuda. La voz suave, tranquila, de ésta le contestó desde la lejanía:

—Hola, señor Bowery. Pensé que no me llamaría más.

—He de comunicarle una mala noticia, señora Mortimer. Crea que lo siento.

—¿Se refiere a mi marido?

El tuvo un sobresalto. ¿Cómo diablos lo sabía ya?

—Me lo acaba de comunicar la policía de Twentyne Palms —dijo ella, adivinando su vacilación—. He de ponerme en camino inmediatamente para identificar el cadáver.

—Ha... ha debido de ser un golpe terrible para usted.

—Lo es. ¿Qué otra cosa puedo decirle?

—Usted y Mortimer habrían tenido sus diferencias, pero esas cosas deshacen a cualquiera. Es una tragedia.

—Le agradezco sus palabras, señor Bowery.

Ella hacía que su voz sonara fría, distante.

A pesar de lo que acababa de decir, se notaba que no agradecía aquellas palabras, ni agradecía nada.

De todos modos, Johnny susurró:

—¿Puedo hacer algo por usted, señora Mortimer?

—No, nadie puede hacer nada. Le repito mi gratitud, señor Bowery.

Y colgó.

El joven quedó sumido en un mar de perplejidades.

Claro que, después de todo, era lógico que aquella hermosa mujer no sintiera demasiado la muerte de su marido. Habían estado a punto de divorciarse, ¿no? Y si el destino la acababa de convertir en una viuda rica, no tenía por qué lamentarlo. De modo que colgó también el teléfono y pensó que lo mejor que podía hacer era dormirse.

Pero sus ojos flotaban hacia la lejanía.

Hacía más allá de la ventana.

Hacia el camino que llevaba a Yucca Valley, hacia el colegio abandonado, hacia el lugar donde había visto unas muertas que, sin embargo, no existían.

Nerviosamente hizo algo que ya había hecho una vez.

Descolgó el teléfono nuevamente.

Marcó el número del colegio.

El timbre sonó insistentemente como la otra vez, sin que nadie descolgase el auricular. Johnny imaginó las grandes salas vacías, imaginó el silencio sólo roto por aquel *rüüing, rüüüing* que no llevaba a ninguna parte.

Pero esta vez se equivocaba.

Alguien... ¡contestó!

Johnny sintió que se le secaba la boca. Ahora sí que tuvo la completa seguridad de que se había vuelto loco. Sólo le faltaba oír la voz de *miss Forsyte*.

Pero no, no era su voz, aunque la que acababa de contestarle también fuese una mujer.

Ella balbució:

—¿Es usted?

—¿Usted? ¿Quién?

—Vamos, no se haga el tonto. No disfrace la voz porque tampoco viene a cuento. He hecho todo lo que me ha pedido y le estoy esperando. Me he puesto guapa. Me he puesto lo mejor que tengo.

Johnny sintió de nuevo que todo daba vueltas en torno suyo.

¿Lo mejor que tenía? ¿Quizá una faldita muy corta y unas ligas con florecillas? ¿Es que la vieja pesadilla volvía a empezar?

—¿Qué... qué se ha puesto?

—Vamos, no se haga el inocente. He conocido viciosos, pero no tanto. ¿Quiere que se lo explique? ¿Es que así empieza a disfrutar? ¿Qué le pasa? ¿Ya hace como los viejos? ¡Venga y lo verá!

Las últimas palabras habían sido casi un escopetazo.

La comunicación fue cortada.

Johnny se quedó con el auricular en la mano, mirándolo como si aquello formara parte de la pesadilla.

«Vicioso». Ella se había puesto lo mejor que tenía. ¿Pero qué infiernos significaba todo eso?

Colgó el aparato y salió. Sólo había un modo de averiguarlo, y ese modo consistía en ir al colegio. Pasó como una exhalación por delante del dueño del hotel, que se seguía acariciando la calva.

—¡Eh! ¿Pero dónde va usted de ese modo? —Gruñó—. ¿Ha olvidado la cartera en algún sitio?

Johnny no contestó.

Estaba tan nervioso que tropezó con el «Mustang» y por poco entra en él sin necesidad de abrir la puerta.

CAPÍTULO VII

Los faros iluminaron la fachada neoclásica del colegio, se posaron en la puerta cerrada y en la placa de bronce que recordaba que aquello era sólo para chicas distinguidas. Los faros despidieron en las ventanas un parpadeo siniestro. Luego el ruido del motor cesó con un último runruneo.

John Bowery sentía que el corazón le latía aceleradamente.

Por fin iba a saber de una maldita vez si se había vuelto loco o no. Por fin iba a convencerse de que las mujeres muertas que había visto aquel amanecer no eran fruto de una pesadilla.

La puerta estaba cerrada, pero él no se anduvo por las ramas. Rompió uno de los cristales, abrió la ventana y entró. Se halló entonces en aquella inmensa sala donde había visto el cuerpo de *miss Forsyte* colgando patéticamente de una lámpara.

La luz de la luna lo iluminaba todo, perfectamente.

Ni una señal de sangre.

Todo en orden.

Cada cosa estaba igual que cuando él entró con la policía.

Johnny sintió que sus convicciones vacilaban y que ya no podía fiarse ni de su propia cabeza. ¿Es que allí no se había cometido ningún crimen? ¿Es que él estaba irremediablemente loco?

Sus ojos escrutaron las paredes.

Ni una mancha de sangre.

La lámpara.

Ni la menor señal de que un cuerpo abierto en canal hubiese estado allí colgando trágicamente.

Las tinieblas de más allá de la puerta.

¡Aquellas tinieblas en las que brillaba algo!

Johnny se salvó esta vez, gracias a sus bien entrenados reflejos. Se apoyó en un solo pie, saltó de costado y se estrelló contra la pared de su derecha, al lado de la ventana. El cuchillo pasó con la

velocidad de una bala por el sitio donde había estado él hasta dos segundos antes.

El que acababa de lanzarlo era un auténtico maestro.

Y no se andaba por las ramas.

¡Quería matar!

El cuchillo se clavó tremolando en uno de los muebles. Johnny ahogó una maldición mientras lamentaba por una vez su costumbre inveterada de no llevar armas. Solía hacerlo así porque un disparo imprudente puede hacer que a un detective, le retiren la licencia. Pero ahora un buen revólver chato, un *bull-dog* podía haber hecho que las cosas se aclararan para siempre.

No vio nada más en la zona de tinieblas, aquella zona cercana a la puerta a la que no llegaba la luz de la luna.

Pero a él sí que debían verle. Y supo instintivamente que ahora ya no usarían cuchillos contra él.

Habían querido matarlo en silencio, sin conseguirlo. Ahora no les importaría hacer un poco de ruido.

Fue esa intuición la que le salvó, porque de lo contrario le hubiesen dejado seco. Patinó hacia la zona de sombras y rodó por el suelo mientras sentía en el cuello el espasmo de la muerte.

Esta vez fue por unos milímetros.

Las dos balas produjeron unos estampidos que parecieron repercutir en el colegio entero. Se hundieron en las baldosas, a dos dedos del joven, y se convirtieron en esquirlas. Dos de ellas le produjeron una sensación punzante que le obligó a saltar de nuevo como una flecha.

También fue eso lo que le salvó: su endiablada movilidad.

Eso y que su enemigo parecía estar nervioso, con unas ganas terribles de acabar.

Una nueva bala patinó materialmente por la pared, junto a la cabeza de Johnny. Luego acabó reventando en una de las butacas, que cambió de sitio como si la hubiese tocado una mano invisible.

Se oyeron unos pasos apresurados.

Alguien huía.

Por el taconeo, Johnny dedujo que se trataba de un hombre. Claro que también podía ser una mujer con zapatos masculinos, porque ahora muchas chicas los llevan. Nunca se sabe. Maldita sea, ahora uno tiene que asegurarse muy bien antes de iniciar un *flirt* en

el Metro.

Johnny fue detrás, pero inmediatamente le volvieron a rodear las sombras. No sabía dónde estaba. Fue palpando las paredes, buscando una referencia o un rayo de luz, y mientras tanto las pisadas se perdieron en la distancia.

Johnny suspiró con desaliento.

Pero al menos algo había conseguido. No estaba loco. No vio visiones cuando descubrió los cadáveres allí. Cierto que nada concordaba, pero el hecho de que hubiesen intentado matarle indicaba, al menos, alguna cosa.

Dio al fin con un conmutador de la luz. Lo movió. Y comprobó con recelo que la luz había sido cortada.

No tenía más remedio que seguir moviéndose entre las sombras. Pegado siempre a las paredes y con los sentidos atentos, fue avanzando.

Su propia respiración le parecía un sonido extraño.

Cada crujido era como una amenaza que le acechaba por la espalda.

Por fin encontró las escaleras y subió por ellas. Más arriba estaban los dormitorios. El silencio que ahora le envolvía era tan denso que parecía poder cortarse como una masa viscosa.

Las puertas que ya conocía.

Las ventanas por las que entraba de nuevo la luz de la luna.

Empujó una puerta y sonó un lúgubre crujido. Las sombras parecieron rasgarse como una seda. Más allá vio los pupitres de una clase, la tarima de la profesora, la pizarra, un enorme globo terráqueo que estaba vuelto hacia él por la parte correspondiente a Asia...

Los ojos de Johnny entonces se desencajaron.

Porque ahora sí que podía verlo claramente. Sobre aquel globo terráqueo, por la parte correspondiente a Asia... ¡resbalaban unas gotas de sangre!

Su mano derecha fue lentamente hacia allí. Ni el propio Johnny se dio cuenta de que hacía girar el globo. Las gotas de sangre resbalaron como una marea viscosa hacia el suelo.

Ahora John Bowery sabía que estaba en presencia de la muerte. Que la tenía muy cerca. A su espalda quizá.

Se volvió poco a poco, sintiendo sus músculos agarrotados por la

misma presencia del enigma.

Y entonces vio a la chica.

Estaba allí, apoyada en la pared.

Mirándole muy fijamente.

Pero ¿le veía? Aquellos ojos enormes, terriblemente dilatados, ¿estaban de veras clavados en él?

Johnny no tuvo tiempo de comprobarlo.

Sonó un crujido.

Y la chica se desplomó sobre él como una cosa floja, suave, llena de sedas, de enigmas, de formas exuberantes, de muerte...

CAPÍTULO VIII

Johnny se apartó de una forma maquinal, porque no quería que la muchacha se le desplomara encima. Se había dado ya cuenta de que estaba muerta.

Ella cayó materialmente a sus pies. Si hasta entonces se había mantenido en un milagro de equilibrio, ese milagro cesó cuando la puerta, al cerrarse, produjo una vibración en la pared. Su cabeza sonó siniestramente contra el suelo.

El detective se dio cuenta de que tenía una certera cuchillada en el corazón. La sangre brotada había sido poca, pero la suficiente para manchar el globo terráqueo. Los ojos espantosamente abiertos de la chica eran ya los ojos de la muerte.

Johnny la rozó. Su piel aún conservaba la temperatura normal del cuerpo. No hacía ni cinco minutos que estaba muerta.

La habían liquidado... ¡mientras él trataba de evitar que le asesinaran abajo!

¡Por lo tanto no podía haber hecho aquello la misma persona que trató de matarle a él!

El corazón de Johnny latía aceleradamente.

Le era imposible conservar la serenidad que en este momento tanto hubiera necesitado.

Los pensamientos se aglomeraban en su mente como legiones de fantasmas que se empujaban unos a otros.

Y no le faltaban motivos, ésa era la verdad.

Porque la muchacha que ahora tenía delante de los ojos..., ¡era la misma que vio allí aquella noche! ¡La que llevaba el poncho mexicano y nada más! ¡La que distinguió luego a través de los cristales de una cabina telefónica! ¡La que en el Sheila pareció esfumarse para siempre!

Johnny se pasó el dorso de la mano por la boca.

Ahora sí que se había convencido al fin de que no estaba loco y de que todo aquello no era una pesadilla.

Pero hubiera preferido que lo fuese.

Porque cuanto más se adentraba en aquel misterio más oscuro lo veía. Porque tenía la sensación de haber entrado de una vez para siempre en las sombras del Más Allá.

La última vez que la vio, aquella muchacha llevaba una fea cazadora y unos *blue jeans* muy ajustados, es decir unos de esos pantalones juveniles que a veces sientan bien, pero que son escasamente *sexy*. En cambio, ahora era distinto. Se había vestido como una mujer, como una verdadera señorita. Incluso exageraba. Se había puesto unos elegantes zapatos, unas medias de gran calidad, una falda muy ceñida. Se había maquillado levemente. En toda ella palpitaba el deseo, quizá la necesidad de agradar a los hombres. O al menos a un hombre.

Johnny aún creía estar oyendo las palabras: «Me he puesto lo mejor que tengo».

Sí, tenía que haber sido ella.

Ella, que tenía una cita con un hombre al que no debía conocer apenas, pues lo único que había notado de él era que disfrazaba la voz.

Una cita... ¡precisamente allí!

¡Y con el hombre que había de asesinarla!

El joven hundió la cabeza. Ya no podía más. Los nervios le vibraban de tal modo que parecía como si fuesen a saltar de un momento a otro.

Pensó mil cosas, pero una de ellas se imponía a las demás: «Has de avisar a la policía».

¿Pero cómo? ¿Y si le tomaban por el asesino?

Volvían a acosarle las dudas que ya le acosaron la vez anterior.

Al fin salió, cerró la puerta y descendió poco a poco, les peldaños. En este momento cualquiera que estuviese al acecho hubiera podido matarle fácilmente, porque él se había distraído del todo. Pero, por fortuna para el detective, nadie le acechaba ya para matarle.

Salió por la ventana que había empleado para entrar, dejándola abierta. Esta vez no se había preocupado de las huellas porque pensaba, después de todo, avisar a la policía. Subió al «Mustang» y

se dirigió a Twentyne Palms.

Estaba completamente absorto.

Hasta le costó hacer girar la llave de contacto de su propio coche.

Por eso no era extraño que se confundiese de carretera. Cuando se dio cuenta, estaba ya otra vez en la ruta que conducía al desierto. Las luces largas del coche lo alumbraban todo de una manera espectral. Los cactus, la arena, las dunas que tenían forma de monstruos dormidos...

Le pareció notar unos parpadeos en la lejanía.

Pero no se dio exacta cuenta de eso.

Iba como dormido.

En este momento, hubiera podido estrellarse ante cualquier obstáculo que brotara en su camino.

Y eso fue exactamente lo que estuvo a punto de sucederle. El coche casi se plantó ante él como si hubiera brotado de la tierra. Johnny frenó maquinalmente y entonces se dio cuenta de su error, porque el parpadeo que acababa de ver indicaba que el otro coche le había estado haciendo señas desde lejos para que apagara las luces largas.

—¡Idiota! —gritó una voz—. ¿Es que no se ha dado cuenta de que me deslumbra? ¿Qué quiere? ¿Que nos matemos todos?

Johnny sacó la cabeza por la ventanilla.

—Lo siento... —dijo—. Ha sido culpa mía porque iba distraído. Perdone.

Y de pronto su rostro sufrió una crispación. Sus ojos se entrecerraron porque acababa de reconocer al hombre que asomaba la cabeza por la ventanilla del otro coche.

—¡Sargento! —barbotó.

El sargento que había encontrado en el desierto cuando se quedó parado allí, el que había entrado con él en el colegio era el que estaba en el coche patrullero.

—¡Maldita sea! ¡El detective privado! —dijo el otro—. ¿Pero qué le pasa? ¿Es que hace usted continuamente la ruta del desierto?

—Esta vez me he confundido de carretera.

—¡Pues vaya gracia!

—Sargento, le envía a usted el destino —dijo Johnny.

—¿Cómo en la otra ocasión?

—Sí.

—Hermano, no me diga que ha encontrado más mujeres muertas porque se me cala el coche.

—Lo ha adivinado, sargento.

—Oiga, muchacho, voy a darle una dirección.

—¿Cuál?

—Girando a mano derecha, encontrará usted la clínica mental más cercana.

Johnny apretó los labios.

—Debió creermelo la otra vez y no lo hizo —musitó—. Por favor, créame ahora. Estoy dispuesto a acompañarle.

—¿Al colegio?

—¡Claro!...

—Hermano, a los dos nos saldrá más barato si nos tomamos una cerveza juntos.

Johnny estaba desesperado. Se dio cuenta de que el otro se tomaba a chacota todo aquello, y motivos no le faltaban. Se encogió de hombros mientras gruñía:

—Está bien, ya daré parte a la policía de Twentyn Palms. Al fin y al cabo no cuesta tanto trabajo.

Fue a girar el volante. El sargento le detuvo con un gesto.

—Espere; tengo la sensación de que habla en serio. Iremos al colegio que usted dice, aunque eso retrase la montaña de cosas que tengo que hacer.

—Se lo agradezco. De verdad que estaba deseando ya dar parte. Esto es como una maldita pesadilla.

—Siga.

Los dos coches enfilaron la carretera uno detrás de otro. Johnny no se dio cuenta del trecho que había rodado en dirección equivocada hasta que advirtió que pasaba media hora antes de llegar de nuevo a las inmediaciones del colegio. Por fin los faros iluminaron la fachada neoclásica, la puerta, la placa de bronce, la ventana con un cristal roto.

Johnny pensó: «Menos mal».

Por un momento había temido también que aquello no estuviese.

—Por aquí he entrado —dijo—. El cadáver está en el piso superior.

—¿Sabe que ha cometido un allanamiento de morada?

—Eso ya no importa, sargento. Hay cosas que me preocupan más.

—Bueno, ya que ha cometido el allanamiento de morada *usted*, lo aprovecharé *yo*. Entraremos por esa misma ventana.

Los dos pasaron al interior. El policía que conducía el patrullero se quedó al volante.

El sargento gruñó:

—¿Qué pasa? ¿No hay luz?

—Alguien la ha cortado. Me he dado cuenta antes.

—De todos modos podrá guiarme, ¿no?

—Sin duda alguna. Sígame.

Subieron por las monumentales escaleras. Más allá estaban los dormitorios y las clases. Johnny abrió la puerta sin vacilar.

Vio el globo terráqueo.

Asia.

Pero no la sangre.

Vio las mesas, las tarimas, la pizarra.

Pero no la muerta.

¡La clase estaba vacía!

¡Allí no había nadie!

La sensación de frío volvió a recorrer la columna vertebral de Johnny. Pensó que a los locos les ocurre algo que es lo más terrible de todo: no saben que lo están. Se pasan la vida peleando, diciendo que son víctimas de una injusticia, luchando por su libertad, tratando de hacer entender a la gente que son ellos los que tienen razón, y no los otros. ¿Le ocurriría a él lo mismo? ¿No era todo muy lógico cuando estaba solo, pero dejaba de serlo en cuanto estaba con los demás?

El sargento puso los brazos en jarras.

—No me diga —gruñó.

—¿Que no le diga qué?...

—No me diga que también era una chica estupenda.

—Pues... sí.

Johnny había tragado saliva espasmódicamente.

El sargento continuó:

—No me diga que llevaba ligas con florecitas.

—No, eso no.

—Pero estaba estupenda...

—Sí, eso sí.

—Escuche, amigo, ya es la segunda vez que me planta en las narices una denuncia falsa.

—¡Le aseguro que no! ¡Lo he visto con mis propios ojos! ¡Y en ese globo terráqueo había una mancha de sangre!

—Pues yo lo veo bien limpio.

En efecto, estaba bien limpio. Los ojos desencajados de Johnny se pasearon por la superficie pulida.

El sargento había puesto de nuevo los brazos en jarras.

—Amigo, haga una cosa —murmuró—. Puestos a inventar, no se invente chicas muertas. Las difuntas déjelas para otro día. Pero...

Y se dirigió al trote hacia las escaleras.

—... Pero cuando tenga una chica viva que esté sensacional, ¡avísemeeeee!...

CAPÍTULO IX

La avioneta, una «Piper Comanche» blanca y roja se posó en la única pista del aeroclub privado que había en Twentyne Palms. Dio un par de brincos antes de detenerse, como si fuera un pura sangre, y al fin la portezuela se abrió.

Todos los ojos estaban fijos en ella.

Los del doctor Forsyte. Los del juez. Los del sargento que había hecho las primeras diligencias con el cadáver. Los de Johnny, quien notó que en la cara de Forsyte había un gesto de disgusto.

El juez susurró:

—Bueno, ya está aquí.

—No teníamos que haberla molestado —susurró el doctor Forsyte—. Para la identificación no era necesario.

—Claro que lo era... —gruñó el juez—. No puedo dar carpetazo al asunto sin ese trámite. Y que conste que eso es lo que más me gusta: el carpetazo. En cuanto un asunto llega a mi mesa... ¡carpetazo que te crió!

De pronto sus ojos se entrecerraron.

A él también le gustaba.

—¿Y quién no?

La mujer se había vestido de negro. El viento que racheaba sobre la pista levantó su falda hasta arriba cuando ella descendió del avión.

El juez susurró:

—Claro que sí. Definitivamente ha sido una buena idea.

La señora Mortimer, a la que él había visto con unos pantalones color carne que se amoldaban a sus formas como si fueran su propio cuerpo, avanzaba ahora hacia ellos a través de la pista. Johnny entrecerró los ojos. Le parecía más deseable, más femenina que la primera vez. El luto, definitivamente, sienta bien a las chicas llenitas.

El juez corrió a besarle la mano.

—Siento haberla molestado con un viaje tan largo, señora. ¡Y nada menos que a través del desierto!

—No se preocupe. Con una avioneta, esto es un salto.

Pero no le miraba al hablar.

Sus ojos estaban clavados en Johnny.

—¿Usted todavía aquí, señor Bowery? Tengo la sensación de que lo encuentro en todas partes.

—No quisiera molestarla, señora.

—No, no me molesta. Y ahora acabemos cuanto antes. ¿Qué he de hacer?

—Identificar a su marido —dijo el doctor Forsyte—. Es un trámite que no podemos soslayar.

La mujer también miraba fijamente al doctor Forsyte.

Y en sus ojos parecía palpitar el desprecio, cuando preguntó:

—¿Quién es usted?

—Soy el forense del distrito judicial. Ya sé que esto es muy desagradable, pero soy la persona que ha hecho la autopsia al cadáver de su marido.

—Usted u otro... ¿qué más da? Alguien la hubiera hecho, ¿no?

—Me tranquiliza que piense así. Y permítame decirle que muestra usted una serenidad admirable.

Sí, la mujer estaba tan entera como si fuese a ver un partido de golf en lugar de identificar un cadáver. Pero sólo Johnny sabía por qué. Johnny sabía que el amor se había roto tiempo antes entre aquellos dos seres, uno solo de los cuales seguía vivo.

—¿Qué ha demostrado la autopsia? —musitó ella.

—Lo que esperábamos —dijo Forsyte—. Un accidente de moto. Saltó por encima del manillar y se destrozó parte de la caja craneana.

—Es extraño. Mi marido no tenía moto.

—Quizá debió probar una —dijo Forsyte, sin dar demasiada importancia al asunto—. El caso es que no hay delincuente y por lo tanto el asunto está cerrado. Bueno, está cerrado con permiso del señor juez... La autopsia demostró que el señor Mortimer no estaba borracho ni bajo el efecto de las drogas.

—¿Por qué había de estarlo? —preguntó la hermosa mujer, ofendida—. ¿Pero qué se han creído?

—Perdone, pero es una cosa rutinaria en los accidentes de tráfico —explicó el sargento—. Hacemos lo mismo con todo el mundo. También tomamos las huellas necrodactilares por si el muerto tenía antecedentes.

—¿Y los tenía? Sólo faltaría eso. Mi marido era un gran abogado y un político.

—¡Por Dios! No, señora, no los tenía. Claro que no. No había ficha con ese nombre ni con esas huellas.

Perdone si los policías hablamos como policías. Cada uno tiene su oficio.

Y la miró como si pensara: «Lástima que el tuyo no sea uno que yo sé, nena».

—¿Podré marcharme después del trámite de identificación? ¿Podré llevarme el cadáver?

—¿De veras quiere hacerlo? —Forsyte había abierto la portezuela de su «Ford Granada»—. ¿Por qué no lo entierra aquí? Yo creo que se evitaría usted muchas molestias.

—Ya lo decidiré —dijo ella.

Subieron todos al enorme «Ford» a excepción de Johnny, que oficialmente, nada tenía que hacer allí. Johnny era lo que se dice un mirón. Pero como allí había tantas cosas que mirar, a nadie le extrañó. Sobre todo que mirara las rodillas de la mujer cuando ésta subió al coche.

El siguió en el «Mustang». El pequeño depósito de cadáveres de Twentyne Palms tenía un aspecto sórdido de taller donde se repasa chapa de automóvil. Hasta se oían martillazos salidos de no se sabía dónde. Unas moscas ansiosas de botín se habían pegado a los cristales, viniendo desde la lejanía.

No había más que un cadáver cubierto por una sábana. Fue el mismo doctor Forsyte quien la levantó. Parecía tan nervioso que la sábana le resbaló dos veces.

La mujer entrecerró los ojos.

Por un momento no dijo nada.

El juez, que ya tenía una cierta experiencia en esos casos, pensó: «Ahora se desmaya. Ahora es mi momento»... Y preparó los brazos.

Pero no ocurrió lo que él deseaba.

La mujer dijo, lentamente:

—Sí. Es él.

Y la sábana volvió a caer.

El juez bajó los brazos con un suspiro de desaliento.

—Con esto ya está hecho todo, señora. Perdone que la hayamos molestado. Y reciba mi pésame.

—Gracias.

Forsyte musitó:

—¿Qué va a hacer con el cuerpo?

—Me lo llevaré.

El otro arrugó el ceño.

—Sé que no puedo darle consejos, pero se ahorraría muchas molestias si lo sepultara en Twentyne Palms. Molestias y gastos.

—Creo que mi marido debe reposar en el panteón de la familia. Es lo último que puedo hacer por él.

—Pero hace falta embalsamarlo, fletar un vehículo especial, obtener un certificado sanitario, un ataúd hermético... Todo son gastos, señora —dijo el médico.

—Los gastos no me importan. Mi marido era rico. Y aunque no lo fuese, es lo último que puedo hacer por él. No me pelearé por un puñado de dólares.

—Está bien —dijo Forsyte—, a mi servicio hay un embalsamador que hará el trabajo. También tiene una agencia funeraria en la ciudad para los trámites engorrosos. ¿Cómo piensa transportar el cadáver?

—En una avioneta.

—¿En la misma que le ha traído aquí? No me diga. No tiene cabida para un ataúd.

—Fletaré otra en el
aero-club.

Y contrataré un piloto.

¿Qué fue lo que impulsó a Johnny a decir aquello?

¿Qué fue lo que le impulsó a decir una cosa que era verdad, pero que hubiera debido tener callada siempre?

—Yo soy piloto civil —dijo—. Tengo licencia para tripular esa clase de avionetas. ¿Por qué no deja que le haga ese servicio? ¿Por qué no me permite volver así a Fresno, donde aún tengo que resolver una montaña de cosas?

Ella le miró fijamente, otra vez.

No había la menor emoción, la menor luz en sus ojos.

—¿Por qué tiene usted que aparecer siempre en mis asuntos, señor Bowery? —musitó.

—Quizá porque es una cosa inevitable.

—¿Sabe que tendría que viajar solo con el ataúd? Esas avionetas no admiten tanto peso como el de la carga y dos pasajeros. Tiene que ir la carga y un hombre solamente.

—Lo sé muy bien. He volado con ellas tantas horas que las conozco como a mi propio coche.

—Entonces lo repito, ¿y no le da miedo?

—¿Por qué había de dármelo?

—No lo sé... Creo que le dije una vez que mi marido me lo inspiraba a mí. El siempre excavaba en tumbas y siempre coleccionaba fetiches relacionados con la muerte. Puede decirse que la muerte era su ambiente. Llegué alguna vez a pensar que, por eso mismo, a él no le alcanzaría nunca.

Y añadió con tristeza, en vista de que Johnny no despegaba para nada los labios:

—Pero ahora está muerto. Qué tontería, ¿verdad? No hay nada que temer. Ahora está muerto...

CAPÍTULO X

Como me llamo Nancy Forles que esta mañana me he sorprendido. Teníamos una pequeña cuestión en la oficina de la agencia y por eso he telefoneado a casa de la señora Mortimer. Tenía la ficha ante los ojos: ella se llama Nora Mortimer. Nos debía una pequeña suma por los trámites del divorcio que quería llevar a cabo y del que luego se arrepintió. Ese buen muchacho que es John Bowery no quiso cobrar nada, pero el señor Percy, que es un buitre, me dijo que pasáramos factura. De modo que telefoneé a la señora Mortimer para ponerme de acuerdo con ella.

Tuve una buena sorpresa, y por eso estoy anotando todo esto en mi diario íntimo, en el mismo que John Bowery me recogió del suelo una vez. Un criado me ha dicho que a la señora Mortimer la habían llamado con urgencia y que había salido para el Sur, para Twentyne Palms, en una avioneta. Al parecer se trataba de un asunto familiar, pero no supieron decirme cuál.

En fin, que el asunto tenía que esperar.

He salido de la oficina a última hora y he querido ir a hacer unas compras. Aún me quedaba un poco de tiempo. Pero al ir a entrar en mi coche, que estaba en el parking, me han llamado desde otro vehículo. Me he vuelto sonriendo porque conocía muy bien aquella voz. Era el señor Mortimer.

Me ha saludado desde la ventanilla.

—Eh, Nancy...

—Hola, señor Mortimer.

—¿Va usted de compras? ¿O a casa? ¿Por qué no me deja que la acompañe?

El señor Mortimer siempre me da trabajo bien pagado y además es un hombre agradable. No comprendo cómo su mujer ha podido alguna vez querer divorciarse de él. Cuando habla en

alguna reunión política me encanta, y por eso he ido a veces a escucharle. Pero comprendo que a veces un hombre puede ser encantador en sus asuntos profesionales y no serlo en su casa.

En fin, no me conviene estar a mal con él. Si me pide que le acompañe, debo acompañarle.

—Con mucho gusto, señor Mortimer.

—Volveré a dejarla aquí y mientras tanto hablamos. Tengo una idea que me bulle hace dos días, pero no es para una obra de teatro, sino para un guión de cine. Casi me lo han encargado.

—¿Un guión de cine? No sé cómo hace usted tantas cosas distintas, señor Mortimer.

El se ha reído.

—Debe ser porque todas las hago mal.

Al sentarme en el diván delantero he visto que él se fijaba en mis piernas, pues estas condenadas faldas cortas de ahora son un compromiso. Pero estoy acostumbrada, porque todos los hombres lo hacen. Hemos salido del parking y, mientras rodábamos hacia el aeropuerto, le he dicho que su esposa había salido precisamente en una avioneta aquella mañana.

—¿Cómo lo sabe? ¿Es que ella tiene algún asunto pendiente en la agencia de ustedes?

—No, no... —inmediatamente me he dado cuenta de que había dicho algo que no debía—. Ha sido una casualidad. Me lo ha dicho alguien que la ha visto.

—Sí, ya sé que ha salido en avioneta... La han llamado desde Twentyn Palms no sé para qué. ¡Como ahora las mujeres son tan independientes!... En fin, mi guión trataría precisamente de una mujer de esas.

—¿Cómo es?

—Mientras vamos de compras se lo explico. ¿Le parece bien esta ruta?

—Sí. Precisamente quería comprar junto al aeropuerto.

Y hemos seguido hablando. Creo que el guión es bueno, y seguramente empezaremos a trabajar la semana próxima. El señor Mortimer se ha mostrado encantador y me ha dicho incluso que procuraría buscarme un papel si la película se rodaba. Yo he pensado

por un momento que sería bonito hacerlo con John Bowery. Tenía una gran planta aquel chico. Lástima. Luego me he despertado de mis pensamientos y me he dicho que era una estúpida. ¡Qué manera de soñar! Al fin y al cabo no soy más que una oficinista, y por lo que se ve una oficinista tonta.

Más vale que me desengañe. Si alguna vez me dan un papel en el cine, será para hacer de Mula Francis.

El señor Mortimer se ha despedido muy amablemente. Me ha dejado en parking y se ha fijado otra vez en mis piernas.

—Se le ha hecho una carrera en la media, señorita Nancy.

Yo ni siquiera la había visto. ¡Qué pupila tienen los tíos para lo que les interesa! ¡Qué buitres son! ¡Qué vista!...

Pero el señor Mortimer es distinto, a pesar de todo. Yo sé que no quiere nada malo de mí. Hasta a veces me dice que podría ser su hija.

Se ha marchado como había venido. Como un fantasma...

CAPÍTULO XI

«El desierto es como un mar». Esto no lo había dicho un cualquiera, sino nada menos que el mariscal Rommel, el jefe del «Afrika Corps», quien comprendió que un día que sobre los arenales no había que emplear las tácticas del ejército de Tierra, sino las tácticas de la Marina. Y bien que le resultó durante mucho tiempo... Definitivamente, Rommel fue uno de los hombres que, en este mundo, mejor conocieron el desierto.

Y en eso pensaba Johnny mientras, a unos dos mil metros de altura, intentaba orientarse por el terreno. Se fiaba poco de los instrumentos, y prefería en su vuelo ir fijándose en los accidentes geográficos, sobre todo, en los lagos secos. También la carretera que él había seguido en su «Mustang» podía servirle de referencia. Era un viaje «al ojeo».

La avioneta volaba a la perfección. El motor runruneaba sin el menor fallo.

Johnny miró hacia atrás.

La enorme caja de madera conteniendo el ataúd.

Bueno, ¿y qué? ¿Por qué había de tener miedo? ¿Qué le importaba a él transportar un muerto? ¿No era lo mismo que una partida de naranjas?...

Ni por un momento había pensado en la presencia, allí, casi tocándole la espalda, del cadáver de Mortimer. Sólo ahora, al fijarse en la enorme caja, se dio cuenta de que estaba en el cielo con la única compañía de un muerto. Pero hizo un gesto de indiferencia y encendió un cigarrillo. Al diablo sus pensamientos. Lo único que le interesaba era llegar a Fresno cuanto antes.

Todo marchaba bien.

El motor seguía funcionando sin un fallo.

Y, de pronto, aquella sacudida.

Era como si alguien tirase de la parte inferior de la avioneta,

empujándola hacia tierra.

Johnny pensó que podía haber sido un repentino bache de aire, aunque eso era raro en el desierto. Pero pronto comprendió que era algo mucho más serio: todo el avión crujía.

Como no podía ver lo que ocurría abajo, situó la avioneta de forma que recibiera oblicuamente los rayos del sol y proyectara su sombra en el desierto. De ese modo podía verla como en un espejo.

Y se dio cuenta entonces de algo aterrador.

¡El tren de aterrizaje se estaba desprendiendo!

¡Alguien lo había *trabajado* cuidadosamente, de forma que permitiera justo el despegue y nada más! ¡Alguien lo había *arreglado* para que no soportara la presión del aire!

Las dos ruedas se desprendieron al mismo tiempo con un sonoro *traaac*. La panza de la avioneta terminó en dos ridículos muñones que no servían para posarse en ninguna parte.

John Bowery sintió que sus facciones se cubrían de un sudor helado.

Miró el altímetro.

Mil doscientos metros.

A mil doscientos metros y sin poder posarse en tierra, era un condenado a muerte. En un avión comercial, dotado de una sólida estructura y con las pistas llenas de espuma carbónica, las posibilidades de salvarse aún existían. Pero en una avioneta que se desintegraría al primer choque, no existía la menor opción.

Miró el indicador de gasolina.

Cinco galones. Había calculado que tendría la justa para llegar al aeródromo de Barstow, donde podría repostar. Pero ahora se dio cuenta de que el indicador de gasolina bajaba también rápidamente.

Se estaba produciendo una pérdida.

Y después de lo ocurrido con el tren de aterrizaje, no le cabía la menor duda de que aquella pérdida no era casual. Eso indicaba que ya tenía sobre su cabeza no una, sino dos condenas a muerte.

Chorreando gasolina, tendría que posarse en el desierto... ¡sin tren de aterrizaje!

Maldijo el momento en que no consideró necesario el paracaídas. Para los vuelos en avioneta normal, no se llevaban. Sus ojos ansiosos recorrieron la superficie del desierto.

Calculó que estaba a la altura del lago Bristol y al sur de las

Clipper Mountains. El viento que soplaba del sudoeste le había hecho derivar bastante. Un terreno pedregoso y seco se extendía bajo sus pies.

Más allá estaba Bagdad, pero en Bagdad no había aeródromo, y además, con la pérdida de gasolina, no podría llegar nunca.

Lanzó una seca maldición.

¿Pero era posible que tuviese que morir junto a Mortimer? ¿Era posible que poco después tuvieran que encontrar sus esqueletos calcinados en el desierto, uno al lado de otro?

Miró de nuevo el indicador de gasolina. Éste bajaba rápidamente, lo cual significaba que Johnny no podría llegar a ningún lugar habitado. Pero al mismo tiempo la pérdida de gasolina le ayudaba, porque con los tanques llenos no podía ni soñar en posarse en el desierto.

Viró hacia el sur.

Le interesaba esquivar, como fuera, las Clipper Mountains. Y le interesaba también encontrar el fondo de un lago de sal, uno de los muchos lagos espantosamente secos que había en el desierto.

Sus facciones estaban crispadas. No se daba cuenta, pero tenía todo el cuerpo bañado en sudor.

El indicador de gasolina ya estaba casi a cero.

Johnny fue perdiendo altura, repitiendo lo que había hecho tantas veces durante sus prácticas de piloto. Pero lo que uno hace en los ejercicios no lo hace muchas veces en la realidad, con la muerte encima. Se dio cuenta de que había cometido un error de cálculo al enfilar el fondo de uno de los lagos.

Intentó ganar altura, pero el motor falló. Los dientes de Johnny chirriaron. La sal que había en el fondo brillaba como un espejo.

Calculó la velocidad. Setenta por hora. Sesenta. Cincuenta y cinco...

Iba planeando, pero había enfilado la superficie con un ángulo demasiado cerrado, y se hundiría casi de pico en ella. Por otra parte el avión no respondía a las órdenes del timón. El viento lo lanzaba como una flecha hacia tierra.

Johnny pensó una vez más en el cadáver de Mortimer.

Y en su propio cadáver.

Curiosamente, tuvo una reacción absurda. Casi se alegró de lo que pasaba en aquel trágico instante: «No estoy loco... No he visto

una alucinación... Tratan de matarme porque yo sé algo muy importante, muy importante...»

Algo muy importante. ¿Pero qué?

No tenía tiempo de pensarlo.

Ya estaba sobre el lago, pero el ángulo de entrada seguía siendo demasiado cerrado. Tiró hacia atrás del timón intentando enderezar el vuelo, pero el avión dio un terrible bandazo. Al inclinarse, una de las alas casi tocó la gruesa superficie de sal.

Johnny no lo pensó más.

Había abierto la portezuela.

Calculó a ojo la altura: Unos diez metros. A la velocidad a que marchaba, aquello equivalía a suicidarse, pero, muerto por muerto, al menos allí tenía una posibilidad. Notó que el aparato giraba vertiginosamente y que iba a hincar una de sus alas.

Cerró los ojos.

Intentó acordarse de sus oraciones de cuando era niño.

Nada. Ni eso.

Saltó hecho un ovillo, metiéndose casi las rodillas en la boca. Notó que daba varias vueltas en el aire y de repente todo su cuerpo vibró. Pareció uno de aquellos viejos aviones, uno de aquellos «Curtis» del año 36 cuando se ponían a vibrar los alambres que sujetaban sus planos. Tuvo la sensación de que las costillas le iban a salir por las orejas. Dio un par de terribles-volteretas, siempre convertido en un ovillo, y aún tuvo tiempo de darse cuenta de que era ésa precisamente la postura que le estaba salvando. La postura y la gruesa capa de sal del fondo del lago seco, que formaba como una alfombra capaz de aminorar el choque.

Perdió el conocimiento unos instantes, pero sólo unos instantes. Fue como el boxeador que queda K.O., por la cuenta de diez, pero oye vagamente los números. La explosión del aparato casi le ensordecía. Se dio cuenta ahora, demasiado tarde, de que el indicador estaba trucado y aún quedaba gasolina en los tanques.

Teóricamente, él tenía que haberse convertido en una antorcha.

Con los ojos entornados, sin creer aún que pudiera estar vivo, divisó la inmensa pira. Toda la avioneta era una tea. El cadáver de Mortimer se convertiría en una especie de gelatina dentro de unos momentos. Johnny sintió como una náusea.

Intentó ponerse en pie.

Daba tumbos.

Todo el lago giraba en torno suyo.

Cayó dos veces y dos veces se levantó. Teniendo la sensación de que su cuerpo era una llaga, pero sin ningún hueso roto, se dirigió medio a rastras hacia la carretera que atravesaba el desierto y que hasta entonces le había servido de guía.

Vio un coche que llegaba.

Hizo señas, pero apenas podía ver nada. Cayó al suelo.

Las ruedas del coche casi se clavaron en su cuerpo antes de que el conductor pudiera frenar violentamente. La cabeza cuadrada del conductor asomó por la ventanilla.

—¡No me diga!

Y enseguida añadió gritando:

—¡Jefe! ¡Es aquel tipo! ¡Yo me largo!

El sargento puso pie a tierra.

Estaba congestionado. Su cuerpo se movía como el de una foca.

—¡No puede ser! ¡Usted otra vez aquí! ¡Esto es como para volverse loco! ¡No me diga que ha visto a otra chica muerta!

—No —dijo Johnny con voz débil—. Lo único que he visto ahora es el fiambre de un tío de cuarenta años.

—¡Maldita sea! —gritó el sargento—. ¡Esto se estropea más cada vez! ¡Primero fueron dos chicas muertas! ¡Luego sólo una! ¡Y ahora un tío! ¿Para qué quiero un tío, yo? ¡Váyase al infierno!

—Las chicas tampoco existían —susurró Johnny con sus escasas fuerzas—. Tampoco le hubieran servido.

—Bueno, pero hombre... ¡ejem!... Por si acaso... ¡En fin, que a mí me gusta más que me hablen de una mujer que de un hombre, aunque ninguno de los dos exista! ¡Vamos, suba al coche y tiéndase en el asiento de atrás! ¡A ver si tengo suerte y se muere en el camino!

CAPÍTULO XII

El coche patrullero iba esta vez hacia el norte, o sea que no se dirigía a Yucca Valley o Twentynine Palms, sino en dirección contraria. Dejó a Johnny en Victorville, en una clínica que estaba al pie mismo de la autopista que va a Barstow y termina en la famosa ciudad de Las Vegas, a través del desierto. La clínica estaba especializada en accidentes de tráfico y en trompazos de todos los estilos. Pero era la primera vez que se dejaba caer por allí un tipo lanzado desde una avioneta.

El sargento, al poner al joven en manos del médico, gruñó:

—Si me lo matas te daré propina, Richard.

Pero el médico, a pesar de todo, atendió bien a John Bowery. Le hizo varias radiografías y un examen a fondo del cerebro, por si tenía lesiones internas. Resultó que Johnny había salido mejor librado de lo que pensaba. Con unos cuantos vendajes más — encima de los que ya llevaba puestos— pudo aquella misma noche usar la tarjeta de crédito que le diera Nancy y tomar un autobús de la Greyhound de los que hacen la ruta hasta Fresno.

Llegó allí al mediodía siguiente.

Se sentía reventado.

Encargó una habitación en el mismo hotel Sky, se abrazó a una botella de *whisky* y se quedó dormido. Cuando pudo despertarse, estaba anocheciendo ya. Se quitó los vendajes, se dio una ducha y, como ya se sentía un poco mejor, terminó de atizarse el contenido de la botella.

Salió a la calle.

Necesitaba cuanto antes ir a la agencia de investigaciones. Quería saber si podían darle más datos sobre Mortimer.

Mientras avanzaba bordeando el *parking*, entre las luces difusas que preceden al anochecer, un automóvil tuvo que frenar a la salida para no arrollarle. Una voz clara y juvenil partió de la ventanilla.

—¡Señor Bowery!

Johnny se volvió.

Sus labios se separaron en una sonrisa. Era la primera vez en muchas horas que veía, por fin, algo agradable.

—Nancy... ¡Qué sorpresa encontrarla aquí!

—No es ninguna sorpresa. Trabajo ahí al lado y ésta es más o menos la hora en que salgo.

Johnny intentó sonreír, también.

—Precisamente me dirigía a la agencia —murmuró.

—No encontrará a nadie ya porque está cerrada. Yo he salido la última. Pero si puedo ayudarle en algo lo haré gustosamente.

Y sonrió agradablemente, de una manera franca y abierta, mientras exclamaba:

—De verdad que me alegra verle, Johnny. ¡Y tanto que sí!

—Yo también celebro verla, Nancy. Es la única persona agradable que he conocido en la agencia.

—No se portaron bien con usted, Johnny. Cierto que usted es un tipo algo raro, porque nunca se sabe lo que piensa. A veces hasta da la sensación de que ve fantasmas... Pero de todos modos no se portaron bien con usted.

El arqueó una ceja.

—¿De veras doy la sensación de que veo fantasmas?

—Con franqueza, sí. Y en Fresno no hay fantasmas, se lo aseguro. Fresno es una población la mar de sencilla... Bueno, ¿va lejos? ¿Por qué no sube a mi coche y le acompaño donde sea?

—Es una buena idea —dijo Johnny—. Precisamente quería hablar con usted, Nancy. ¿Puedo invitarla, a tomar una copa?

—De acuerdo. ¿Dónde?

—En el Sheila.

—¿El Sheila? ¿No fue el sitio de donde le echaron? ¿No fue el sitio de la pelea?

—Precisamente por ello tengo interés en volver allí.

—Si hay que hacer alguna llave de *catch* o hay que sacar alguna muela de un trompazo, no cuente conmigo, Johnny.

El lanzó una carcajada. No sabía por qué, pero la chica le reconfortaba. Era una mujer que infundía optimismo, a pesar de sus gafas profesoras y a pesar de querer mostrarse como una chica seria.

Subió al coche y también, ¿cómo no?, el muy maldito se fijó en sus piernas. Los hombres no tenemos remedio. Ella suspiró resignadamente y pensó: «Estas faldas tan cortitas son una lata...»

Pero seguía llevando una falda cortita.

Rodaron a poca velocidad por entre el tráfico, ya bastante intenso, que venía del aeropuerto. Sobre sus cabezas volaba un «Jumbo» que se dirigía a San Francisco. Se oían los mil ruidos distintos de aquella ciudad viva y palpitante, pero para Johnny no había más universo que el pequeño universo de las piernas de la muchacha.

¿Qué importan las conquistas de la energía atómica, qué importa llegar a la luna si uno no tiene a su alcance las bonitas piernas de una chica?

Ella condujo lentamente por entre las enrevesadas hileras de coches.

Musitó:

—¿Qué quería de la agencia, Johnny?

—Más informes sobre el señor Mortimer.

—¿Por qué? ¿No quedamos en que ese caso no se llevaría adelante? La señora Mortimer se retiró.

—Es una cosa personal. Necesitaría tener algunos datos más.

—¿De qué clase?

—En primer lugar, ¿de dónde sacó la moto?

Nancy dejó de prestar atención un instante al tráfico para mirarle sólo a él.

—¿Qué moto? —musitó.

—¿Mortimer no tenía ninguna?

—Que yo sepa, no.

—¿Pero era aficionado? Me refiero a si era aficionada al motorismo. A las máquinas pesadas y potentes como las «Harley-Davidson», por ejemplo.

Nancy se encogió de hombros.

—No lo sé... Yo apenas conocía a Mortimer en el aspecto de sus aficiones personales. Los contactos que he tenido con él han sido de trabajo, aunque me parece que es un hombre que entiende de todo. Quizá sí que le gustaban las motos. ¿Pero a qué viene eso? Es una pregunta un tanto extraña, ¿no?

Johnny no contestó en el primer momento. Su mente estaba

llena de confusiones. Ofreció un cigarrillo a la muchacha y ella lo aceptó, utilizando el encendedor eléctrico. Luego fumó él también.

Este ambiente de Fresno, era tan normal, ¡casi tan rutinario! ¡Estaba tan lejos de los fantasmas que él había visto! Más que nunca, lo que había ocurrido antes le parecía una cosa sin sentido, una cosa que no había acaecido jamás.

Y de aquí venían las confusiones de Johnny Bowery. Otra vez tenía la sensación de haber sufrido una pesadilla.

—Mire, aquí es.

Estaban ya ante el Sheila, con sus luces parpadeantes. Encontraron un sitio para aparcar a poca distancia y se introdujeron en la sala. El camarero era distinto, pero Johnny tenía la sensación de que los tipos raros de la otra vez seguían allí. Dos invertidos que se buscaban con los ojos; una chica que enseñaba mucho las piernas, en plan de propaganda; un bebedor taciturno que ya iba por su tercer *whisky*...

Como el camarero no le conocía, no le hizo ascos. No sabía que era el mismo tipo que organizó una bronca pocos días antes. Simplemente les preguntó qué iban a tomar.

—Una soda con ginebra —dijo Nancy—. Flojita.

—Yo lo mismo.

Mientras bebían, Johnny susurró:

—Hemos estado hablando antes y he tenido una sensación extraña. ¿Puedo hablarte con confianza, Nancy?

—¡Claro que sí!

—Tú mencionabas a Mortimer en tiempo presente y yo lo hacía en tiempo pasado. En aquel momento me ha parecido que eran formas de hablar, pero ahora me doy cuenta de que no. Quizá tú no sepas una cosa muy importante, Nancy.

—¿Qué cosa?

—Mortimer ha hecho ¡plum!

Nancy palideció.

Dejó la bebida sobre la barra y sus labios temblaron un momento, antes de susurrar:

—¿Quieres decir que ha muerto?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Anteanoche.

Nancy bajó la cabeza. Sus pensamientos parecieron hundirse en una sima. Sin duda la noticia le afectaba porque Mortimer había sido un buen amigo para ella. Incluso el fijarse con tanta insistencia en sus piernas formaba parte del juego normal. Pero de repente alzó la cabeza y estuvo a punto de dar un brinco.

—¿Anteanoche? —musitó.

—Sí.

—Tú deliras, Johnny.

—Diablo, sólo faltaba que me lo dijeras tú. Hay la mar de personas según las cuales llevo delirando una semana entera.

—Esta vez es cierto.

—¿Por qué?

—Mortimer no pudo morir anteanoche. Justamente anteanoche estuve hablando con él. De la misma manera que te he encontrado a ti, él me encontró a mí a la salida del trabajo.

A Johnny le resbaló el vaso de entre los dedos.

Lo pudo recoger en el último momento.

Diablos, aquello ya era demasiado.

Que todos los sargentos de California quisieran meterle en una clínica mental, estaba bien. Pero Nancy no. Nancy no podía confundirle de aquella manera.

—Tú te confundiste —murmuró.

—El que te confundiste fuiste tú.

—¿Pero qué dices?

—Johnny, yo no invento nada. Si mi palabra no te basta, toma esto. Es algo que no enseño a nadie, pero tú ya lo viste una vez cuando se me cayó al suelo. Es un cuadernillo, una especie de agenda donde anoto las cosas más importantes que me pasan. Si crees que estoy improvisando, lee aquí. Precisamente anoté la impresión que me causó ese inesperado encuentro con Mortimer.

Abrió por la última hoja. Johnny leyó las palabras iniciales y ya no necesitó más. Estaba claro como el agua que la chica no mentía.

Pero entonces, ¿qué?

¿Volvía a encontrarse ante lo imposible?

¿Volvía otra vez a ser un loco?

Nancy musitó:

—Lo siento, Johnny.

—¿Qué es lo que sientes?

—Verás... Las personas... a veces necesitamos descanso. Pasan por nuestros ojos cosas que nos parece que son, pero que realmente no son. No quiero decir que estés mal, Johnny... No, ni mucho menos. Sólo que un poco de descanso, a veces... a veces nos conviene a todos.

El sonrió amargamente.

En sus ojos había una especie de niebla, de tristeza lacerante cuando musitó:

—Tú también lo crees, ¿verdad?

—No he querido ofenderte, Johnny.

—Todo el mundo piensa que veo cosas que no son. Y que intento embrollar a la gente narrando hechos que no han existido. Hay momentos en que yo mismo pienso que he empezado a andar por el camino de la locura, pero en este asunto concreto no. Yo mismo transporté hasta cerca de aquí el cuerpo sin vida de Mortimer. Y en cuanto a su identidad no hay ninguna duda, puesto que su propia esposa reconoció el cadáver.

—¡No es posible!

—¿Por qué no es posible?

—¡Porque yo hablé con él!

Johnny se llevó ambas manos a la cabeza.

Sus pensamientos eran dinamita pura.

Le estaban convirtiendo el cráneo en una especie de polvorín que iba a estallar de un momento a otro.

¿Pero quizá era cierto que se estaba volviendo loco?

¿Quizá todo obedecía a una serie de terribles pesadillas?

Había entrecerrado los ojos.

Todo lo veía como entre brumas.

El bar, las luces, la barra, el líquido dorado de los vasos...

Y fue entonces cuando lo distinguió. Parecía venir hacia él a través de la niebla. Era el *anorak*. El *anorak* donde había un emblema con un macho cabrío.

Su corazón le produjo como un pinchazo.

Recordaba perfectamente aquello porque lo había visto en el colegio de *miss* Forsyte antes de que se produjeran los crímenes. Estaba sobre uno de los muebles. Era una prenda como aquélla y un distintivo como el que veía ahora. Un distintivo tan especial que no parecía lógico que lo tuvieran repetido dos personas.

El hombre que llevaba el *anorak* era alto, delgado.

Usaba una barba que no había visto ni el peine ni el agua, en tres meses.

Pero era como tantos y tantos personajes raros que pululan por las ciudades de los Estados Unidos. En la calle había mucha gente así. Lo más raro en él era la mirada, aquella mirada perdida y que no se fijaba en cosa alguna.

Johnny musitó:

—Oiga...

El desconocido pareció salir de su abstracción. Miró a Johnny y, de repente, le nacieron alas en los pies.

Fue fulminante.

Dio un salto instantáneo y se plantó como un gamo en la puerta del bar.

Johnny casi se alegró, a pesar de que estuvo a punto de perderlo de vista. ¡Qué diablos! ¡Eso significaba al menos una cosa buena! ¡Significaba que todo volvía a concordar!

¡La huida de aquel tipo *encajaba* en algo! ¡No era simple fruto de una pesadilla!

Johnny saltó también. Derribó la banqueta en que había estado sentado y se dirigió a la puerta como un bólido.

La calle, frente al bar estaba bastante tranquila. Vio que el barbudo cabalgaba al instante sobre una moto de gran potencia, estacionada en la acera. Arrancó y salió disparado.

Pero no era ella la única moto estacionada allí. Los ojos de Johnny distinguieron una «Honda» de 750 exactamente igual que la que pilotaba el fugitivo.

Comprendió que en un coche no le alcanzaría nunca. Aparte la superior velocidad-punta de la moto, ésta podía colarse entre el tráfico y realizar unas maniobras que un vehículo de cuatro ruedas no puede realizar nunca.

De modo que no lo pensó.

Saltó sobre la «Honda».

Ni su dueño ni los de las otras máquinas estaban por allí cerca. Johnny dio gas rabiosamente, mientras brincaba sobre el asfalto.

La máquina era un auténtico *pura sangre*.

Y el detective había arrancado con ella a tal velocidad que en los primeros segundos no pudo dominarla.

Vio que iba en línea recta hacia un carrito del reparto de leche.

El que lo empujaba lanzó un grito:

—¡Quieto, leche!

Y Johnny:

—¡Atrás, leche!

De poco sirvieron las dos cariñosas frases.

¡BLAAAAAAM!

Las botellas saltaron por los aires. Muchas de ellas se rompieron a pesar de ser de plástico. El suelo quedó inmediatamente teñido de blanco.

La moto de Johnny patinó.

Dio una vuelta entera sobre sí misma.

Los neumáticos chirriaron angustiosamente.

¡Y Johnny logró enderezarla! ¡Pudo salir disparado otra vez!

El del carrito balbució:

—¡Qué leche tiene el tío! ¡No se ha caído!

Y Johnny musitó:

—¡Qué leche tiene el tío! ¡Sólo se le han roto la mitad!

Vio que el fugitivo le llevaba unas cien yardas de distancia y que rodaba en dirección al aeropuerto. Su velocidad era suicida. Y si Johnny no quería perderle de vista necesitaba lanzarse él también a tumba abierta.

Los neumáticos chirriaron lastimeramente.

Esquivó un coche.

El del *anorak* acababa de pasar una luz, pero cuando Johnny llegó el semáforo ya estaba en rojo. No por eso se detuvo. Al contrario. ¡Dio rabiosamente gas!

Un «Lincoln» venía por la derecha.

John Bowery se dio cuenta de que el trompazo era inevitable. Apretó los dientes y tiró con todas sus fuerzas, hacia arriba, del manillar de la potente máquina.

Ésta se alzó como un caballo.

La rueda trasera produjo un terrible chirrido.

Pareció ir a patinar.

La poderosa máquina voló por los aires a causa del terrible impulso que llevaba.

Johnny vio acercarse el «Lincoln».

¡El parabrisas!

¡El techo!

SAAAAANNNNGGGG...

El terrible patinazo de los neumáticos sobre la plancha, pareció como si rechinase en la calle entera. La moto resbaló, mientras pasaba materialmente por encima del «Lincoln».

Estaba atravesando la calle en un auténtico vuelo.

Se oyeron estruendosos alaridos.

Con los ojos desencajados, Johnny vio que iba en línea recta hacia un escaparate.

Las imágenes se sucedían frenéticamente, como en una película loca. Esto sí que era una auténtica pesadilla.

Cerró los ojos.

Soltó el manillar.

Con los brazos se protegió la cabeza.

¡BLAAAAAM!

Acababa de atravesar la luna del escaparate como si hubiese sido una bala de cañón. Al abrir los ojos vio confusamente un gran cartel que decía: «Prendas deportivas para la elegancia en moto. ¡Anímese!».

El ya estaba animado.

No necesitaba que le animasen más.

Sólo había un pequeño detalle que, la verdad, le desalentaba un poco: tenía la sensación de que la columna vertebral le iba a salir por una oreja.

Todo el cuerpo le dolía espantosamente.

Pero se encontró con las manos de nuevo sobre el manillar mientras sorteaba, en una especie de *gymkhana* loca, los maniqués del escaparate. Se llevó por delante otro pedazo de la luna y salió de nuevo a la calle mientras el motor rugía y rugía cada vez más.

La gente corría en todas direcciones.

El del «Lincoln» bramaba:

—¡Eh! ¡Me ha hecho una rascada en el techo! ¡A ver! ¡El seguro! ¡Enséñeme su tarjeta del seguro, so bestia!

Johnny se pasó una mano por la cara.

—Como no te enseñe el certificado de vacuna... —susurró.

Dio gas y sorteó un paso cebra sobre el cual acababa de quedar tendida una señora gorda. Johnny hubo de hacer el *ballena-cross*. Como la señora ocupaba casi todo el paso cebra, alzó el manillar de

nuevo y saltó por encima. De todos modos la rueda trasera chocó contra el pompis, más que respetable, de la honrada ciudadana. Ésta pensó que la rueda no era la rueda.

—¡Ay! ¡Indecente! ¡Qué mano más larga!

El insospechado obstáculo, tan flexible y tan voluminoso, dio nuevo impulso a la moto. La rueda trasera brincó. La máquina hizo un espasmódico «sssssgggg», «braaaaaask» mientras recobraba el equilibrio de nuevo.

Johnny miró a los lejos.

Ahora, por suerte, tenía ruta despejada, pero su enemigo ya le había ganado una gran ventaja. Apenas se distinguía en la distancia el parpadeo de su luz piloto.

Iba hacia el aeropuerto.

Sin duda pensaba que le sería fácil despitarse por entre los campos adyacentes.

Johnny dio más gas. Sus facciones estaban contraídas. El impulso terrible de los cilindros de la máquina parecía zumbear dentro de su propio cráneo.

Los neumáticos chirriaban locamente.

Tomaba las curvas como un suicida, tocando casi con el hombro en el suelo. La luz piloto de la máquina de su enemigo estaba cada vez más cerca.

Éste cerró la iluminación para desorientarle, dejando su moto a oscuras. Como ya entraban en la zona inmediata al aeropuerto, no necesitaba faro, pero eso no hizo que Johnny le siguiese viendo.

El fugitivo enfiló a todo gas la recta que llevaba hacia el edificio principal del aeropuerto.

Había una puerta que decía: «Entrada».

El entró.

¡Y de qué manera!

Se llevó por delante una carretilla entera de equipajes. La moto brincó por los aires. Los gritos y las maldiciones debieron escucharse al otro lado del país.

La gente bramaba:

—¡Bestia!

—¡So cerdo!

—¡Hijo de perra!

Pero aún no se había extinguido el bramido de aquella moto

cuando la gente empezó a aullar:

—¡Otro! ¡Otro! ¡OTROOO!...

En efecto, John Bowery llegaba.

Recibió también la más cariñosa bienvenida.

—¡Bestia!

—¡So cerdo!

—¡Hijo de perra!

Hay que reconocer que en esas cosas la gente no es muy original, pero se hace entender perfectamente.

Las dos motos se lanzaron por el inmenso vestíbulo.

Una azafata dijo, desde su cabina:

—La compañía Air América anuncia su vuelo...

Y la que voló fue ella.

Una de las motos la embistió por detrás, salió de la cabina y dejó a la chica de pie en un *stand* donde se leía: «Objetos perdidos».

Pero la dejó sin falda.

Y había que ver las piernas que tenía aquella muñeca...

Un tipo que acababa de llegar del Canadá, empezó a gritar:

—¡Es mía! ¡Es mía! ¡La perdí la semana pasada!

Una voz anunciaba:

—Señores pasajeros a Reno por la puerta número tres...

La moto del fugitivo se lanzó en aquella dirección.

Y la de Johnny.

¡Puerta número tres!

Las parejas tuvieron que apartarse a toda velocidad. Curiosamente quedaron las mujeres a un lado; los hombres a otra.

John Bowery gritó:

—¡Podéis ahorraros el viaje a Reno! ¡Ya estáis divorciados, idiotas!

Ahora las dos motos volaban por una pista.

Estaban apenas a cien yardas una de otra.

Johnny cerró los ojos.

¡Infiernos!

¡Estaban en la pista de despegue! ¡Y un avión venía hacia ellos!

El piloto los vio, pero ya no podía frenar. Venía lanzado. Y ellos tampoco podían detenerse. ¡Sus máquinas rugían al máximo! ¡Frenar en seco ahora, hubiera significado saltar y hacerse pedazos!

¡Ni siquiera podían desviarse a tiempo, a aquella velocidad!...

John Bowery lo consiguió en parte, pero el fugitivo no. El fugitivo iba a chocar de frente contra el gigantesco «DC-9».

El piloto tiró desesperadamente del timón hacia atrás.

¡Arriba!

El aparato remontó el vuelo en una especie de picado al revés, rugiendo furiosamente. La moto pasó por debajo. Hizo un terrible zigzag, pareció ir a ser tragada por los reactores... ¡y de pronto recobró el equilibrio!

No cabía duda de que aquel tío barbudo tenía suerte y además era un motorista excepcional. Se debía haber pasado sobre dos ruedas, la mitad de su vida.

Johnny, que había patinado materialmente por la hierba, entró de nuevo en la pista. Su enemigo se lanzaba hacia un «Jumbo» convertido en carguero. Por la rampa iban entrando las mercancías.

La moto volvió a rugir.

¡Venía lanzada!

Alguien barbotó:

—¡Cuidadooo...!

Un empleado miope vio pasar la moto como una flecha.

—Me parece que esto no estaba consignado —dijo—. ¡Eh!
¡Evasión de impuestos!

Sus gafas salieron volando.

El fugitivo se había estrellado en el interior del «Jumbo», pero había allí almacenados, numerosos paquetes blandos y eso le salvó de la muerte. Con la cara y la barba llenas de sangre logró salir. Se lanzó desde la rampa, a tierra.

John Bowery ya había conseguido frenar su moto junto a las ruedas de aquel monstruo del aire, y se lanzó a pie tras su enemigo. Éste corría locamente. Sus barbas flotaban al viento.

La desesperación parecía dar alas a sus pies.

Pero Johnny corría más.

Estaba a punto de alcanzarle.

Ya casi le rozaba...

Y por eso mismo la sangre del fugitivo casi le salpicó las manos. No oyó el silbido de la bala, pero vio la cabeza del otro al abrirse. Instantáneamente, con una rapidez de reflejos alucinante, Johnny se lanzó al suelo, sobre la pista, y eso le salvó la vida. La segunda bala

de rifle pesado *bailó* a un palmo por encima de su cabeza.

Luego se hizo el silencio.

No volvieron a disparar más.

Fue ese silencio extraño, casi atroz, de los espacios siderales y que a veces, como en insólitas ráfagas, se capta en las pistas de los aeropuertos.

John Bowery se levantó poco a poco.

Miró al muerto y captó a lo lejos el parpadeo del coche patrullero que se dirigía hacia allí, por la misma pista. Pensó que los policías habían sido bastante salvajes al disparar a dar sin avisarles, tomándoles por secuestradores.

Pero su sorpresa fue mayúscula al darse cuenta de que ninguno de aquellos hombres llevaba rifle.

No habían disparado ellos.

Y seguro que nadie del servicio de seguridad del aeropuerto, puesto que todos los hombres que lo formaban estaban allí.

Sencillamente, a aquel extraño fugitivo, a aquel *hippy* de las melenas y la barba lo habían asesinado.

¿Pero quién?

¿Qué mano llegaba a través de la noche, desde el espacio sideral?

¿Quién había manejado el rifle, desde esa oscuridad en que parece comenzar el reino de los muertos?...

CAPÍTULO XIII

Mulliver, inspector jefe de los servicios de seguridad del aeropuerto de Fresno, lanzó una imprecación antes de explicar:

—Este hombre no tenía profesión conocida y se llamaba Keller. Los ficheros de Fresno están llenos de datos sobre él: vagabundaje, hurto de vehículos, robo, agresión a personas, corrupción de una chica a la que había prostituido y de cuyas ganancias participaba, drogas... —Hizo un gesto de aburrimiento y añadió—: Bueno, la relación se haría interminable, pero por desgracia hay muchos tipos así, y lo peor es que andan sueltos. Era cliente del bar Sheila, donde ya fue detenido una vez, amenazando entonces las autoridades con cerrar aquel antro. En cuanto a la bala que lo mató es de un 12/12, y ninguno de los agentes de servicio en el aeropuerto tenía un arma de esa clase.

Johnny, que había escuchado atentamente, musitó:

—¿Seguro?

—Tampoco hay que pensar que lo tuviera ninguna otra persona de las que se hallaban en el aeropuerto, pues ahora, con los secuestradores de aviones, el control es muy riguroso. Además, el disparo vino desde el exterior de las pistas: nuestros técnicos en balística han comprobado eso. Por la altura, se calcula que pudieron disparar apoyando el arma en el techo de un automóvil. Sencillamente, alguien siguió a las dos motos, pero en el último instante se desvió hacia la parte exterior del aeropuerto. En ese coche iba el asesino, ya que no puedo llamarlo de otro modo.

John Bowery se puso un cigarrillo entre los labios con gesto maquinal.

Pero ni siquiera se acordó de encenderlo.

El no se había podido fijar en si les seguía alguien. Era lógico que no hubiese mirado el retrovisor ni una vez.

Pero en aquel maldito rompecabezas algunas piezas empezaban

a encajar. Claro que sólo encajaban en el cerebro de Johnny y él no podía fiarse mucho de eso, porque a veces tenía la sensación de que se había vuelto loco.

Las piezas que, según él, encajaban, eran:

A la chica del poncho mexicano la había visto en el colegio de *miss* Forsyte.

Luego la había visto entrar en el Sheila, aunque no pudo seguirla porque allí tuvo los primeros guantazos.

Luego a aquella muchacha la habían asesinado, aunque su cuerpo desapareció.

El *hippy* que ahora yacía muerto en la mesa de autopsias, con una bala en la cabeza también había estado en el colegio de *miss* Forsyte. Su cazadora con el emblema del macho cabrío lo delataba.

Y también a él lo habían asesinado.

¿Por qué?

No lo comprendía, pero allí tenía que estar la explicación. Y con más motivo aún desde el momento en que a él también habían tratado de asesinarle... ¡sin duda porque sabía demasiado!

¿Pero qué sabía él?

¿Qué diablos había visto?

¿A quién estorbaba?

El inspector Mulliver gruñó:

—¿En qué piensa, pesquiza? ¿No se da cuenta de que se va a quemar los dedos?

En efecto, Johnny había rascado un fósforo para encender el cigarrillo.

Lo soltó con un gesto de dolor, cuando ya casi se estaba abrasando.

Y luego estaba lo de la defunción de Mortimer, con quien posteriormente Nancy había hablado. ¿Pero en qué mundo de locos estaba metido? ¿O es que ya había atravesado sin darse cuenta las fronteras del Más Allá?

—Oiga, amigo... ¿es que sueña?

Johnny, en efecto, estaba materialmente hundido en sus pensamientos. Tenía la mirada perdida.

Susurró:

—Perdone, inspector. Sólo quería estar seguro de que a este hombre no lo había matado ningún miembro del servicio de

seguridad. Ahora ya estoy convencido de ello.

—¿Y eso le sirve de algo?

—No lo sé. Diga... ¿por qué estuvieron a punto de cerrar el bar Sheila? ¿Sólo porque algunos tipos raros se reúnen en él? Eso es corriente en muchos lugares de los Estados Unidos. En especial en California, el Estado de los *hippies*.

—No tengo nada contra los *hippies*, pero en Sheila se reúnen los que toman drogas. Bueno, al menos eso sospechamos.

—¿Por eso estuvieron a punto de cerrarlo?

—Sí, pero faltaron pruebas concluyentes y la cosa quedó en nada.

Johnny inclinó la cabeza.

Todo parecía dar vueltas en torno suyo.

Pero empezaba a intuir algo, algo... ¡Algo que podía parecerle incomprensible! ¡Pero que, sin embargo, existía y estaba al alcance de su mano!

—Gracias, inspector —dijo—. Supongo que no hay ningún cargo contra mí.

—Tiene que aclarar el porqué de la persecución y debe responder de los daños en vehículos y en un escaparate. Una señora se queja de que le chafó el pompis en un paso cebra, y dice que a ver si se atreve a hacerlo otra vez. Yo creo que lo está deseando. Una azafata quiere que le paguen una falda y un par de medias, aunque no sabe si la ropa se la quitó usted o el otro. La broma le podía salir por bastantes cientos de dólares, amigo Bowery, y en realidad debería detenerle. Pero, sin embargo, no hay ningún cargo contra usted.

—¿Cómo? ¿Ni siquiera para abonar los daños?

—Un pasajero canadiense, al ver a la azafata sin falda en objetos perdidos, quedó tan entusiasmado que lo ha pagado todo. Y está empeñado en reclamar a la chica porque dice que la perdió él.

—¿Y se la han dado?

—No. La que «ha dado» ha sido la mujer del canadiense, que venía detrás.

Johnny produjo un chasquido con dos dedos.

—Temí que la cosa acabara peor aún —dijo—. De acuerdo, inspector. Muchas gracias.

Y salió.

Había unas cuantas personas ante el depósito de cadáveres.
Se mezclaban como fantasmas en las sombras de la noche.
Johnny fue a pasar por entre ellas como una sombra más.
De pronto, una mano le detuvo rozándole el brazo.
El se volvió.

—¿Qué haces aquí, Nancy?

Ella anduvo a su lado. Le miraba temerosamente, pero al mismo tiempo con una especie de fidelidad, casi de devoción.

Johnny Bowery pensó: «Demasiado buena chica...»

—Es que como nos separamos de aquella manera... —susurró Nancy—. En fin, luego me he enterado de lo que sucedió. No entiendo nada, te lo juro...

—Nancy, sólo quiero preguntarte una cosa —musitó él.

—Pregúntala. Te contestaré con la máxima sinceridad.

—¿De veras viste a Mortimer? ¿De veras hablaste con él?

Temblaron los párpados de la muchacha.

—Dios santo... ¿Crees que podía haberte engañado en una cosa así, Johnny?

El la miró. Sabía que la chica era sincera, por increíble que entonces pareciese todo. Pero tenía que ser sincera porque detrás de aquellos ojos claros, limpios, era imposible que palpitara la sombra de una mentira.

—Nancy —dijo entonces él—. ¿Puedes confiar en mí como yo confío en ti? ¿Podemos hacer en tu coche un largo viaje a Yucca Valley?

—Claro que sí —dijo ella, sin vacilar—. Yo confío en ti. ¿Pero un viaje para qué? ¿Y exactamente adónde?

—Tampoco lo sé con precisión —dijo pensativamente él—. Un viaje a lo desconocido...

CAPÍTULO XIV

Después de casi dos días de rodar sin descanso, alternándose en el volante, llegaron a las cercanías de Yucca Valley. La fachada blanca del colegio asomaba fantasmal en la noche, difuminada por las sombras. Los faros arrancaron un reflejo siniestro a los cristales, a los pomos de las puertas, a los azulejos del zócalo... Cuando se apearon los dos, John Bowery tuvo la exacta sensación de que lo desconocido empezaba allí. De que más allá de aquella pared estaba una de las fronteras del mundo.

—¿Qué tratas de averiguar? —musitó Nancy.

—Aún no lo sé, pero docenas de ideas me zumban en la cabeza y quizá consiga ponerlas en orden, una vez entre aquí. Espera a que fuerce la puerta. No será tan complicado...

En efecto, no lo fue.

Una vez dentro, el joven movió el conmutador general de la luz y encendió todas las lámparas. Una claridad que casi les pareció vertiginosa lo llenó todo. De repente las sombras se evaporaron. El colegio les pareció menos misterioso, menos siniestro. Se transformó, de pronto, en un lugar casi alegre.

Johnny susurró:

—Vamos al sitio donde vi el segundo cadáver. Vamos a la pared que estaba manchada de sangre y que luego apareció limpia como si fuera un caso milagroso.

La luz que ahora lo inundaba todo permitió a Johnny revisar aquello con más calma y más atención. Y entonces se dio cuenta de algo que al principio le había pasado inadvertido. Simplemente un trocito de papel. Un trocito de papel pegado a la pared, junto al zócalo.

Nancy musitó:

—¿Qué pasa?

—Una cosa empieza a encajar —contestó John Bowery—.

Parecía una pesadilla, pero no lo es. Este lienzo de pared era el único que estaba empapelado. Como el papel era del mismo color que las otras paredes, no se notaba apenas, sobre todo, para el que venía aquí por primera vez. La mancha de sangre estaba en este lugar, es decir, sobre el papel y no sobre la pared. ¿Y si alguien, poco después de retirar los cadáveres al irme yo, rascó el papel y luego dio una capa de pintura muy fina a la pared sólo para que el raspado no se notase? Tuvo tiempo. Y desde luego la mancha de sangre no atravesó el grueso papel plastificado de los que se usan ahora.

Pensativamente, musitó:

—También pudo cambiar el colchón de la cama y las ropas, ocultando las piezas que estaban ensangrentadas. Debió de ser la misma persona que limpió con detergente la bola terráquea cuando yo descubrí a la muchacha muerta, a la que usaba un poncho mexicano. Es decir, alguien que quería borrar todas las huellas del crimen.

—¿El propio asesino?

—No lo sé... —Johnny apretó los dedos nerviosamente, mientras entrecerraba los ojos—. Mis pensamientos van por otro lado. Imaginemos una cosa... Imaginemos a dos virtuosas mujeres que viven aquí, una de las cuales es *miss* Forsyte, a la que me describieron como una damisela que siempre llevaba una falda hasta los pies. Sin embargo, a mí me abrió en tales condiciones que por poco me caigo: me enseñaba hasta arriba unas piernas de primera clase, y nada hizo para cubrírse las. Sin embargo, no estaba borracha... ¿Qué pudo provocar ese cambio brutal de actitud? ¿Qué pudo ser, Nancy?

Ella musitó, con voz absorta:

—¿Drogas...?

—En eso estaba pensando yo: en drogas que ninguna de las dos mujeres había probado nunca y que por lo tanto las dejaron completamente indefensas, hundiéndolas en una especie de vértigo durante el cual no supieron lo que hacían. Imaginemos que un par de drogadictos, un par de jóvenes vagabundos que eran la muchacha del poncho mexicano y el barbudo que murió en el aeropuerto de Fresno, llaman de noche a esta puerta y piden cobijo. Las dos mujeres se lo dan, puesto que la presencia de la muchacha

les infunde confianza. Hablan, tocan música y ellos les convencen para que tomen un poco de droga. Simple curiosidad... Imaginemos que ellas acceden. Los efectos son catastróficos, sobre todo, por la falta de experiencia, y a partir de aquel momento pierden ambas el control de sí mismas.

Nancy estaba muy pálida.

Mortalmente pálida.

Balbució:

—En ese momento llegas tú, ¿no?

—Sí, y en ese momento llego yo y *miss* Forsythe me abre. Todo aquello resulta muy divertido, muy nuevo para ella. Me da alojamiento y los otros ni siquiera me ven. Ellos también se han empapurrado y están en pleno frenesí. La muchacha del poncho mexicano se pasea sin llevar nada más encima. Es una orgía, pero una orgía amarga y siniestra porque en ella no interviene el sexo. Sólo intervienen los rencores, las frustraciones, las cosas sombrías de la mente. Y entonces se inicia un asesinato ritual al estilo de la «familia Manson», los que liquidaron a la pobre Sharon Tate y a los que estaban con ella. Las dos mujeres son muertas en condiciones inhumanas. Yo ni me entero y eso hace que, casi milagrosamente, me salve. Porque entre que los drogados no piensan con lógica y entre que yo no hago ruido, llegan a olvidarse de mí. A la mañana siguiente descubro el terrible espectáculo, vacilo, me largo, aviso al fin a la policía y cuando vuelvo todo está como si no hubiera pasado nada.

Nancy, que se había llevado un momento las manos a las sienes, musitó:

—Debiste pensar que te habías vuelto loco...

—Claro que lo pensé, y no sólo fui yo. Entonces ni la policía ni yo entendíamos nada. Pero ahora comprendo que los cuerpos fueron ocultados en algún sitio que no nos costaría trabajo hallar porque tienen que estar cerca. También fueron borradas las huellas del crimen. ¿Por qué? Lo lógico es que lo hicieran los criminales, pero éstos estaban drogados y no pensaban en nada. La prueba es que me dejaron vivo a mí. Las huellas las borró una persona muy serena, muy fría, que en aquel momento tramó un plan. ¿Pero quién?

Sus ojos pasearon por la enorme estancia. Escutaron las

sombras. Al fin dijo, con un soplo de voz:

—Aquí parece como si uno entrara para siempre en el terreno de la locura, pero, sin embargo, la cosa tiene que estar clara. ¡Tiene que estarlo!

De pronto sus ojos tropezaron con los de Nancy.

Eran unos ojos extraviados.

Era como si las hermosas pupilas de la muchacha vieran un pedazo del Más Allá...

—Nancy, ¿qué te pasa? —musitó él—. ¿Qué te pasa...?

—Quizá yo pueda ayudarte, Johnny —dijo con un hilo de voz—. En realidad sé algo que parece no tener importancia, pero que ahora adquiere una magnitud insospechada. Tú sabes que la señora Mortimer quería divorciarse de su marido.

—Sí.

—Pues bien, yo tengo indicios de por qué. A la agencia llegó la noticia de que Mortimer se había enamorado de una joven maestra de Yucca Valley, la cual le correspondía, habiendo hecho los dos planes para cuando él se divorciase. Su esposa lo supo y, humillada, fue a pedir el divorcio antes. Imaginemos, y creo que no me equivoco en nada, que esa maestra fuera la señorita Forsyte.

El se estremeció.

¡De pronto era como si otra pieza hubiera encajado en el cuadro!

—Dios santo... —musitó—. No me digas una cosa. No me recuerdes que en California está abolida la pena de muerte.

—La abolieron hace poco, Johnny. Tú lo sabes mejor que yo. Los miembros de la «familia Manson», que realizaron tan salvajes asesinatos, no pagarán por ello. Unos años en la cárcel y en paz. Sirhan, el asesino de Robert Kennedy, pasará una vida confortable en la celda mientras su víctima, que ahora quizá sería presidente de Estados Unidos, es sólo ya un puñado de huesos..., Todo esto es injusto, Johnny, porque yo creo que algunos crímenes monstruosos sólo pueden tener un castigo que es la muerte. Pero comprendamos la posición de Mortimer. Imaginemos que Mortimer viene hacia aquí para ver a la mujer que ama y casi se tropieza con los dos vagabundos que huyen. No les da importancia porque no sabe exactamente de dónde vienen. De pronto se encuentra con el terrible espectáculo. Tú ya te has ido. El está solo. ¿Qué hacer? ¿Denunciar a los que ha visto huir? Pueden salir absueltos, pero aun

siendo declarados culpables no les pasará apenas nada en comparación con lo que han hecho. Entonces Mortimer maquina su venganza: si el Estado no los mata, los matará él. Oculta los cuerpos, borra las huellas del crimen y vuelve a Fresno. Conoce un poco a los dos asesinos porque Fresno no es una ciudad demasiado grande: sabe que son dos toxicómanos clientes del Sheila. Tú mismo viste a la chica allí, Johnny, pero hubo guantazos porque creían que ibas a investigar. Era lógico.

John Bowery apretó los puños. Continuó él los pensamientos de la muchacha porque ahora ya nadie podía detenerles. Susurró:

—Sí... Todo encaja. Mortimer cita aquí a la chica del poncho mexicano con el pretexto más fácil del mundo: le proporcionará droga. Una vez a solas en este lugar, la mata. Yo soy un estorbo y trata de matarme también, pero no lo consigue. Ya no le queda más que el barbudo. Ha tenido que borrar las huellas porque ahora Mortimer ya es un asesino que además espera caer sobre su segunda víctima. Lo consigue, después de mucho perseguirla, en el aeropuerto de Fresno. Lo peor es que por poco se me carga a mí también.

Recuperó aliento, mientras sus pensamientos seguían girando como un torbellino. Y musitó:

—Pero a todo esto hay una acción paralela muy curiosa. ¿Qué pasa con la esposa de Mortimer? ¿Por qué de pronto no quiere divorciarse? ¿No será que en el fondo esa pobre mujer le ansa demasiado, le ha seguido hasta aquí para tener una explicación y se ha dado cuenta de que borra las huellas de un crimen que él no ha cometido? ¿No tratará de ayudarle de algún modo y por eso no quiere separarse de él? Pero a todo esto Mortimer «muere». ¿Muere realmente? ¿Quién lo dice? Ahora me doy cuenta, Nancy, de lo casual que fue el que lo encontrara el propio hombre que había de hacerle la autopsia, el forense del distrito..., ¡que además era hermano de la señorita Forsyte! ¿No estarían los dos de acuerdo para matar a un hombre que se pareciera a Mortimer, desfigurándole parte de la cara? Simulando un accidente de moto, eso es muy fácil. Pasan muchos desconocidos en moto por aquí, y sólo se trata de seleccionar. Lo que persiguen es que Mortimer pueda escurrir el bulto si las cosas se ponen mal, y hacer así que nadie le persiga «nunca». Nadie persigue a los muertos.

—¿Pero por qué, entonces, habló conmigo? —musitó Nancy—. ¿No le convenía más no hacerlo?

—A primera vista sí, pero no olvidemos que Mortimer es un hombre inteligente y que no está jugando al póquer, sino al ajedrez. Mortimer y el forense Forsyte, que también quiere vengar a las muertas, lo han calculado todo y quieren prever todas las posibilidades. Si Mortimer quiere estar muerto lo estará oficialmente. ¿Pero y si no llega a serle necesario? Puede convenirle demostrar que todo fue un error. Hace entonces algo que quizá el día de mañana necesitará: buscar un testigo de que en aquella fecha vivía, un testigo que pueda servirle para demostrar que todo fue un error. Habla contigo..., ¡pero de forma que sólo le veas tú!, y se escabulle. En realidad eso puede servirle y, en cambio, le compromete bien poco. Es un plan con dos salidas, es decir, un plan inteligente.

Apretando de nuevo los puños, añadió:

—Claro que está el reconocimiento de la esposa... Ellos ya saben que la esposa conoce el juego, aunque no han hablado. Es una especie de secreto entre tres. Hay cosas que no necesitan decirse porque se adivinan, aunque también es muy posible que el mismo Forsyte, al decirle que viniera para la identificación, la advirtiese de algo. El caso es que ella reconoce el cadáver, como no podía ser menos, pero hace algo extraño y con lo que nadie contaba: quiere llevárselo a Fresno. ¡Diablos! ¿Y si lo que pretende es tenerlos en sus manos? ¿Y si trata de mostrar el cuerpo allí, demostrar que no es el de su marido y hundir a Forsyte, al fin y al cabo, el hermano de su rival? ¿Eso es lo que teme Forsyte?, y por lo tanto, procura que el cadáver se desintegre, que desaparezca, que se vaya al infierno... Lo malo es que en el avión que «prepara» en el último momento voy yo de pajarito inocente. Me salvo por milagro y llego a Fresno. Con esto creo que hemos alcanzado el final, muchacha. Todo encaja, y ahora sólo nos falta encontrar a Mortimer, a quien por mi gusto no acusaría de nada, a pesar de todo. Por mi parte estoy dispuesto a guardar silencio. Forsyte, en cambio, asesinó a un hombre inocente a quien hizo montar, quizá para que la probase, una moto a nombre de Mortimer. El tiene que pagar y...

¡Bang!

La bala estalló en la pared, junto a su cabeza. Los dos se

arrojaron al suelo instantáneamente. Había sido todo tan inesperado, tan rápido, que no tuvieron tiempo ni de gritar. Johnny saltó de costado mientras intentaba desesperadamente cubrir a la muchacha.

Vio al hombre que avanzaba lentamente hacia él con un revólver.

Avanzaba lentamente.

Con la muerte en los ojos.

¡Era Forsyte!

¡Y Johnny no tenía nada, ni un cortaplumas, para defenderse!

—Amigo —susurró—, no hace falta precipitarse... La chica no tiene ninguna culpa. Todo puede arreglarse y... y...

Forsyte había alzado el revólver.

Le apuntaba fríamente al centro de la cabeza.

Barbotó:

—Nada puede arreglarse ya, entrometido pesquisa de los infiernos. Lo siento..., ¡por los dos!

Y cerró el dedo sobre el gatillo.

Pero en aquel momento la voz brotó desde la puerta. Vieron el brillo mate de la «Germán Luger» que Mortimer llevaba en la mano. Mortimer, aparecido bruscamente en la puerta del fondo, gritó:

—¡No lo hagas! ¡No es necesario! ¡No tirees...!

Forsyte se volvió como una serpiente.

Estaba rabioso, estaba al borde mismo de sus nervios rotes. Todo aquello era superior a él. Aulló:

—¡Claro! ¡A ti no piensan acusarte, pero a mí sí! ¡Y yo no te importo nada, perro!

Hizo fuego.

Estaba fuera de sí.

Tenía las facciones desencajadas. Todo aquello debía parecerle una pesadilla.

Mortimer se encogió, alcanzado en el pecho.

Giró sobre sí mismo.

Sus dientes se apretaron en una mueca patética.

—Idiota... —barbotó—. No mereces... vi... vivir...

E hizo fuego también.

La «Germán Luger» es un arma implacable.

La bala de calibre pesado atravesó también el pecho de Forsyte,

que cayó de frente mientras en sus ojos aparecía una última chispita de dolor, de locura, de muerte...

John Bowery había abrazado a Nancy. Tratava de cubrirla aún. Todo aquello le seguía pareciendo un sueño.

Sólo cuando vio a los dos hombres muertos en la enorme sala pudo barbotar:

—Ahora nadie nos creará, Nancy...

—¿Por... por qué...?

—Los cuerpos de las dos mujeres muertas aparecerán, así como el de la chica del poncho mexicano. Pero ¿quién convence a la policía de que Mortimer ha muerto dos veces? ¡Sobre todo, si trato de decírselo a un sargento que yo sé!

—No pienses en eso, John... Ahora lo que necesitamos los dos es un poco de aire puro.

Los dos salieron poco a poco, como sombras. Respiraron ansiosamente al salir al exterior. Se miraron uno al otro, al fondo de los ojos.

No supieron por qué ocurrió. No se dieron cuenta. No llegaron a saber si era la propia tensión de sus almas lo que les empujaba de aquel modo uno hacia otro.

El caso fue que se besaron.

Se besaron con ansia, con deseos de vivir, con deseos de olvidarlo todo.

Tanto, que no se dieron ni cuenta de que los faros de un coche patrullero de la policía les estaban iluminando de lleno.

El agente que iba al volante, balbució:

—¡Oiga, sargento! ¡Mire a esos dos!

El sargento los miró mejor, carraspeó, y al fin, lanzó un gruñido:

—Déjalos —dijo—. ¿No te acuerdas ya de ese tío? ¡Pobre! Deja que disfrute. Tanto encontrar chicas muertas... ¡Para una vez que encuentra una chica viva...!

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España

NOTAS

[1] Al Oeste de Soda Lake, junto a los Tirefort Mountains, están situadas efectivamente dos grandes bases militares: una estación naval y la reserva militar de Fort Irwin, en la cual hay varios lagos, el mayor de los cuales es el Goldstone. En Fort Irwin reciben instrucción miles de reclutas al año. (N. del A.). < <